


AÑO VI  Núm. 172

Páginas

ATENEO
DE COSTA RICA

DIRECTOR,
Próspero Calderón

II
Noviembre

Ilustradas

1907

San José, Costa Rica
Tipografía Nacional

LINEA
de VAPORES
de la

UNITED
FRUIT **Co.**

La Compañía ha reanudado el servicio semanal entre Limón y Boston con los vapores

Limón, San José y Esparta

Estos rápidos vapores con todas las comodidades modernas, salen cada semana directamente para Boston.

Pasaje de ida \$ 60-00 oro am.

Pasaje de ida y regreso . 110-00 „

Al servicio de la línea á New Orleans se han puesto cómodos vapores que gastan sólo cuatro días y horas en hacer la travesía.

Pasaje de ida \$ 50-00 oro am.

Pasaje de ida y regreso . 80-00 „

Para informes, dirigirse á las Oficinas de la United Fruit Co., en San José ó en Limón.

E. J. HITCHCOCK, Administrador.

Páginas Ilustradas

Revista Semanal

Año IV ★ Director, Próspero Calderón ★ No. 172

El Dante

*Todo por misterioso mecanismo
es en tus manos singular, ¡oh Dante!,
y al amor abres cielo fulgurante
y a la torpe maldad horrible abismo.*

*En tu viaje mortal, a un tiempo mismo
aspiras con alientos de gigante
los plácidos ensueños del amante
y las penas del hondo cataclismo.*

*El rudo estigma de tu enojo ciego
la frente de los réprobos abrasa
con resonantes cláusulas de fuego;*

*Pero más bienhechor y más fecundo,
el tierno acento de tu amor, aun pasa
como un hálito de ángel por el mundo!*

Justo A. Facio

Disertación

leída en el Ateneo de Costa Rica por doña Julieta de Mc. Grigor, el 25 de setiembre de 1907

SEÑORES:

Al recibirme en vuestro seno me hacéis alto honor, que no merezco como intelectual, pero sí como mujer que aspira á cultivar su inteligencia para elevarla al nivel de vuestros pensamientos.

Al abrirme campo generoso en este centro de cerebros cultos, hacéis justicia á los esfuerzos que he desplegado luchando sola hasta aquí para llegar á ser algo en el mundo de las letras.

Sin maestros, sin estímulo, muchas veces he desmayado; ¡y cuántas he dudado de mi capacidad intelectual, al no encontrar la forma bella en que expresar mi pensamiento! Mi voluntad desalentada ha buscado nuevo impulso en el ardiente anhelo que apasiona mi alma: vivir en los conceptos de la idea, llevar á los demás las impresiones que como lampos reveladores han cruzado por mi mente. Y cuando he podido vencer las dificultades de la composición para cristalizar el pensamiento llevando sus imágenes al papel, aunque no deslumbradoras como el cerebro las recibió, pero sí en forma modesta y aceptable, me he sentido feliz.

Ya no estoy sola, al amparo de vuestra fraternidad artística puedo llegar á dominar el verbo; tendré más facilidades para dar corrección á los giros, más elegancia al estilo y más hermosura á la dicción.

La influencia radiosa de vuestros intelectos dará algo de su luz al mío, sin destruir lo que en él es innato. Mi pensamiento tendrá más claridad y poco á poco dejará de palpar entre las sombras.

¡El misterio del Arte llega hasta mí en ondas de extraña sensibilidad, siento su esencia y percibo su grandeza sublime! Enternecida comprendo la dulce excoisitud de su misión.

La literatura es su manifestación más consoladora y bella, la que más desenvuelve y eleva el pensamiento á las regiones ideales. Ella purifica nuestros gustos imprimiendo nobleza á la acción y al entendimiento; en su necesario ejercicio revela delicadezas exquisitas. Si soy susceptible de sentir y aspirar á todo esto, ¿por qué no he de poder llevarlo á la acción? Y hoy mejor que ayer, al realizar mi deseo por largo tiempo acariciado, recojo y ordeno mis ideas dispersas.

El objeto es noble: mostraros mi gratitud, llegar á ser digna de ocupar este puesto. Desde hoy ya no estaré sola; tengo una patria, un templo, una familia, ¡el Ateneo! El nos hace hermanos, reúne los hijos de Apolo y de Minerva en fraternal abrazo para constituir una familia aparte; unidos por su amor volaremos muy alto!

El espacio á mis ojos abiertos se presenta, y en libertad de desplegar las alas cruzaré el infinito para buscar el secreto de la inspiración. Y luego, si la encuentro, reclinada en el regazo augusto de la Literatura, le contaré mis sueños, mis dichas y mis tristezas. Vosotros estaréis allí. Enton-

ces uniré mi voz á vuestras voces, cada uno cantará en su lenguaje bello, y entonaremos, unidos en el regio pensamiento, el himno armonioso de la vida, del arte y del progreso! Mis rústicos acentos aprenderán á modular sus tonos en vuestra escuela.

Llena de entusiasmo prestaré mi modesto contingente para sostener este templo que encierra el símbolo de nuestra hermosa religión. Ella nos redime de la servidumbre y engrandece la imaginación con el reflejo de mundos ignotos y enriquece el corazón con sentimientos más intensos, haciéndonos vivir de sensaciones por el anhelo siempre creciente del espíritu, que activa sus funciones para vibrar en visiones espléndidas. Al honrarme honráis á la mujer y os honráis vosotros mismos al reconocer, en cierto modo, sus derechos en mí.

Con valentía rompo las cadenas de preocupaciones que no tienen razón de ser en nuestros días, relego al olvido esos harapos, pobres vestiduras de otros tiempos, y me cubro con el armiño de la verdad y del derecho, para entrar limpia y pura en la alborada de este día.

Al admitirme en esta corporación iniciáis nueva era para la mujer en Costa Rica. Llena de noble orgullo, al ser la primera, saludo la redención de este amanecer, y á mi satisfacción personal se une la esperanza de que otras me seguirán. Así lo espero.

En nombre de esas desconocidas que vendrán en lo porvenir reclamo puesto para ellas, no como acto de galantería, sino como acto de justicia. Reclamo del pensador, del filósofo, del progresista que reconozcan el mérito de la mujer. Ella es igual al hombre en aptitud; lo bello pertenece al espíritu y éste no tiene sexo; su sustancia es la misma y la ciencia establece la igualdad en el hecho material de que la misma sangre sube por la arteria para fecundizar el cerebro y de que igual expresión asoma en la mirada.

La historia nos presenta ejemplos variadísimos de la capacidad intelectual de la mujer. En los tiempos clásicos tenemos á Safo, la inmortal poetisa griega, que cantó libremente el amor, sin avergonzarse de sus vehementes sentimientos, y pintó los dolores y delirios de su pasión con caracteres de fuego. Corina, otra poetisa no menos famosa, que rivalizó con el mismo Píndaro y supo vencerlo. Y en el siglo pasado Madame de Staël, insigne historiadora, cuya vasta erudición le permitía asimilarse de manera perfecta, lugar, tiempo, costumbres y caracteres; mujer de pensar sereno y profundo, hundió su pluma en el sepulcro del pasado para levantar del polvo de los siglos las figuras, darlas movimiento y lanzarlas de nuevo á la escena del mundo. Y Aurora Dupin, ó sea Jorge Sand, novelista de ingenio viril, de espíritu inquieto, aventurero, que se refleja en sus obras de contradictorias y atrevidas concepciones. En nuestros días doña Emilia Pardo Bazán, prosista muy castiza, á cuya pluma debemos admirables cuadros llenos de vida y realidad: es la escritora que se aproxima más á Cervantes en la descripción de tipos y á Zola en ciertos toques naturalistas, es decir, á dos genios opuestos; doña Concepción Arenal, mujer de leyes, científica y moralista; la Avelaneda, cuya lira, templada al sol del trópico, tuvo su majestad, sus ardientes rayos y la brillantez de su colorido; y tantas otras que son gloria de la literatura castellana. Esto demuestra que el Arte cabe en todos los cerebros.

Es libre, no reconoce leyes, rangos, ni privilegios. El hombre no puede sujetarlo á propiedad; es don del cielo, que ni se compra ni se vende; por eso su prestigio será eterno. A la radiante y diáfana región en que se cierce no llega el egoísmo ni hay límite para su espíritu divino. Abarca el universo para manifestarse en los humanos seres sin distingos; su genio baja á la mísera choza del mendigo y sube hasta la púrpura de los reyes.

En nombre de esa pléyade de mujeres, en nombre del origen divino de la belleza y en nombre de las leyes naturales pido que llaméis aquí á la mujer costarricense, brindándole la esencia de vuestro saber. No dudo responderá á ese llamamiento, si lo hacéis con intención sincera; si le mostráis con empeño la importancia de la mujer culta en la vida de los pueblos. Estimulad su amor propio; de la mujer costarricense puede esperarse mucho, pues ella tiene, quizás más que otra alguna, disposición para el arte. Su natural gusto artístico, su gracia espiritual y su rápida asimilación de lo bello, son condiciones que pueden explotarse con éxito.

Pero antes hay que libertarla de falsos prejuicios que esterilizan su inteligencia, y hacerla comprender que al colocarse al lado del hombre, en el sentido intelectual, no abdica sus pudores y dulzuras de mujer; que al contrario, esas virtudes serán mejor apreciadas por ella, al tener idea más exacta de su significación y el sentimiento de lo verdaderamente bello se impondrá con más claridad á su espíritu.

Ilustrad esas encantadoras cabecitas; educad sus delicados pensamientos, que se malogran en el lujo y la molice; despertad su ambición por algo más que la belleza externa. ¿Qué vale ésta sin el perfume del talento? Al principio vendrán pocas, después . . . vendrán otras; y de cuántas hechiceras frentes no brotará entonces el tesoro que yace oculto en el nácar de las sienas? ¡Cuántas darán días de gloria á su país! ¡Y qué bien sentará una corona de laurel entre sus hermosos rizos! Al par del hombre reinarán en la sociedad por su saber, su ternura y su belleza; se establecerá lazo de confianza respetuosa; el cariño será más espontáneo y sincero con la admiración mutua. Entonces ya no habrá desdenes, ni quejas, ni fuertes, ni débiles, sino dos inteligencias que se miran frente á frente, iguales, sin querer ser más ni menos. Hombres generosos, de convicciones progresistas, decidlas: "Hermanas, ha llegado la hora de que seáis valerosas, de que vuestros nombres brillen en los anales de la literatura; la inspiración se adivina en vuestros ojos; el alma de la poesía dormita bajo su lumbre; hay que despertarla, sin dejar que la dominen las consejas de la ignorancia; no os acobardéis ante el sarcasmo de los egoístas, y erguida la frente dad el primer peso, que es el más difícil . . . Os ofrecemos puesto en el banquete intelectual y en copa de oro os brindamos el néctar del pensamiento humano!

Señores, en mi sencilla oración quiero resumir mi gratitud, mi promesa y mi esperanza.



Disertación

Leída el 3 de octubre de 1907 en el Ateneo de
Costa Rica por su autor el ingeniero don Luis
Matamoros Sandoval

SANEAMIENTO DE LAS POBLACIONES

SEÑORES:

El presente trabajo constituye más bien una ligera revista del campo de la ingeniería sanitaria y su aplicación al saneamiento, que un estudio de las diferentes partes de que se compone la higiene pública. Tampoco es desconocido el tema, pero no por eso menos importante, sobre todo en países nuevos como el nuestro, en donde la insalubridad que se observa en algunas de nuestras regiones agrícolas, en reciente explotación, ha producido la frase de que el motivo consiste en que LA NATURALEZA SE DEFIENDE. Acertada ó no la figura, el hecho es científico: los lugares de mayor feracidad son por lo general insalubres y esto proviene de que los fenómenos de nitrificación ofensivos al reino animal, son los que benefician exclusivamente al reino vegetal: lo que es bueno y necesario para el vegetal, es ofensivo y venenoso para el animal.

Por dicha en Costa Rica se ha trabajado ya mucho en el saneamiento; pero no podemos negar que falta mucho que hacer; ó más bien dicho, se ha predicado mucho y se han formulado importantes proyectos, pero las obras están todavía por realizarse, y debemos decirlo, esa demora y esa tardanza es lo que aumenta el peligro y ocasiona daños irreparables en la salud y en la vida de los habitantes. No hay duda alguna de que lo delicado del tema y lo difícil de hacerlo accesible á la comunidad haya obligado á posponerlo á necesidades menos perentorias; así vemos que de muchos años acá se han creado las juntas itinerarias, las juntas de educación; y las juntas de higiene no existen todavía en el país: los pueblos se han preocupado desde temprano de sus templos religiosos, de sus templos de educación y aun de sus templos del arte, sin recordar que antes de todo está la salubridad de sus poblaciones y de sus casas; que sin salud no hay felicidad posible y que la dicha de los hogares y de las familias reside principal y únicamente en la salud. Salud necesitan el trabajo, la actividad, el desarrollo y riqueza de las ciudades y de las naciones. Verdad es que no sería justo inculpar á estos mismos pueblos, toda vez que siempre ha sido más sencillo resolver otros problemas antes que el último, y que todavía, y no obstante los grandiosos trabajos del ilustre Pasteur, quedan por dilucidarse las más graves cuestiones de higiene; pero es un hecho que resueltas ya las más generales, debemos esforzarnos por darles su aplicación, y tanto más cuanto que, como dicen los higienistas, ES MÁS FÁCIL PREVENIR LAS ENFERMEDADES QUE CURARLAS. La terapéutica ataca los efectos sin preocuparse de destruir las causas. La higiene ataca las causas y por el mismo hecho destruye los efectos. En buena razón y sana lógica, la terapéutica exclusi-

va es un contrasentido aceptable únicamente á falta de medios para evita el motivo del daño, y tan es así que los mismos médicos declaran que no hay enfermedades sino enfermos.

Ya en 1903, en el Congreso, tuve el honor de tratar este importante asunto al proponer una ley para la creación de juntas de higiene ó sanidad que, guiadas por los médicos de circuito, establecidos hacía poco en aquella fecha, colaboraran en el mejoramiento de los lugares y de las habitaciones. Esa ley quedó en discusión de detalle y no ha vuelto á tratarse en las legislaturas siguientes. No hay duda de que el camino es escabroso y difícil, pero eso no me arredra en mi propósito de contribuir con mi pequeño contingente al desarrollo é implantación de los modernos sistemas en bien de la salubridad en general.

Lo que hasta ahora sucede con la higiene no es de extrañar. Lo mismo sucede con los caminos: se nota que están malos pero no se acierta cómo deben mejorarse; lo que falta es instrucción, falta la vulgarización de las reglas y principios fundamentales. Las reglas de higiene son más complicadas y difíciles que las de los caminos, por lo mismo que dependen de principios conocidos desde hace mucho menos tiempo: habrá por lo pronto algo del *magister dixit* de la Edad Media, porque si ya es difícil luchar con los efectos, más grave y costoso será luchar con las causas; pero con todo, no debe desesperarse por ello y por el contrario acoger con más ardor la situación y luchar con más actividad para hacer ver pronto los efectos del triunfo de la ciencia. Una vez vistos los efectos se comprenderán mejor las reglas dictadas y se acatarán. Este procedimiento sintético es más accesible para el público que el analítico.

La aplicación inmediata puede hacerse por medio de las juntas escolares, á las cuales se recargaría la higiene con el nombre de JUNTAS ESCOLARES Y DE SANIDAD, que así como son infatigables en la construcción de sus planteles de enseñanza y en el desarrollo de la educación de la juventud, también lo serían en materia de higiene, principiando por dirigirla en ese sentido y lograr por este medio de sus conciudadanos la cooperación, en vez de la oposición á sus órdenes y disposiciones.

En Costa Rica, como en todos los países tropicales, la higiene debería principiár por la de las habitaciones. En Europa y en los países de las zonas templadas, la construcción de los edificios está sujeta al establecimiento regular de una buena ventilación, porque no de otro modo pueden precaverse los habitantes contra los grandes fríos, cuando es indispensable cerrar herméticamente los cuartos y las habitaciones; pero aquí, donde esto no es necesario, las condiciones de una buena ventilación no se toman siquiera en cuenta al construir los edificios y las casas. En el mismo San José no conozco una sola habitación particular que sea ventilada con las reglas del arte. De aquí resulta que un aire viciado es lo que se respira y éste es el principio de un estado morbozo en los individuos y sobre todo en la infancia.

Me he anticipado, señores, haciendo esta pequeña digresión, con el objeto de que sea más palpable la imponente necesidad que tenemos de proceder sin demora alguna á nuestra redención en este sentido.

El conjunto de las múltiples atenciones de las juntas de sanidad, según lo establece el *Board of Health* de Londres, puede sintetizarse en cuatro grandes grupos, á saber:

- 1.º—Servicio de agua pura;
- 2.º—Aire puro;
- 3.º—Suelo seco, y
- 4.º—Alimentación sana.

I

AGUAS PURAS

Temería distraer demasiado la atención que ustedes tan bondadosamente me prestan sobre este asunto ya tan trillado, especialmente en San José, donde el agua que consumimos es detestable, si no fuera que aun es motivo de discusión en estos momentos el origen de las aguas que debemos traer á la capital. Sería interminable esta parte de mi disertación con sólo que intentara reproducir los grandes trabajos que después de conocidas las teorías de Pasteur se han escrito con referencia al origen que deben tener las aguas de consumo de una población. Bastará decir que todos concuerdan en que las aguas de manantiales son las que han prevalecido sobre todas las otras de diferente origen y han llevado la victoria con datos estadísticos que no pueden desmentirse ni refutarse. Entre los más modernos documentos que tengo á la vista citaré á Baker, *Municipal Engineering and Sanitation*; Tournure and Russel, *Public Water Supply*, y Hasen, de quien extracto de la página 102 las siguientes conclusiones referentes á la estadística de 65 ciudades de Europa y América, servidas por aguas de diferentes orígenes. Dice Hasen: Cada uno de estos lugares, que tiene más de 100 defunciones de fiebre tifoidea por cada 100,000 habitantes, hace uso de agua de río sin filtrar. Viena, que se sirve de aguas de manantiales, con una población de 1.435,571 habitantes, sólo tiene 104 defunciones de fiebre tifoidea por año, esto es, 7 por cada 100,000 habitantes.

En San José la mortalidad por causa de la tifoidea es espantosa, y aun así se discute todavía si son preferibles las aguas del río Tiribí ó del río Macho á las de los manantiales del Padre Carazo!!! Si San José, como Viena, tuviese aguas de manantial, su mortalidad por tifoidea sería á lo sumo de 4 por año, siguiendo la misma proporción. Las aguas de manantiales, una vez analizadas y declaradas puras, no son susceptibles de recibir modificación ni contaminación alguna. Las aguas de ríos, un día puras, pueden no serlo al siguiente, por causa de una contaminación, desde luego que discurren á cielo abierto y reciben aguas de afluentes que recorren terrenos pantanosos é insalubres, tal y como sucede con las aguas del Torres que tienen un origen palúdico. La atención de las autoridades locales de cada lugar debe dirigirse muy especialmente á la calidad de aguas que se

consume en el distrito. Nada de análisis químico ni bacteriológico: la regla más sencilla y corriente es asistir á la escuela y observar á los niños. Su semblante dirá mejor que cualquier análisis la calidad de aguas de que se sirven. Habiendo intentado hace algunos años la Municipalidad de San José el traer aguas del Sur de la ciudad, fué comisionado para visitar los diferentes ríos que por aquel lado discurren. No dirigí mi atención tanto á las mismas aguas como al semblante que tenían los niños de las escuelas en los diferentes distritos, y mi conclusión de que aquellas aguas, todas sin excepción, eran dañinas, coincidió con los trabajos publicados anteriormente por el malogrado doctor G. Jiménez sobre el anquilostomiasis por el lado Sur de San José. Esto, que está confirmado por la ciencia, es auténtico: el análisis químico se verifica casi siempre en aguas extraídas con anterioridad de las fuentes; su naturaleza química puede cambiar al cocinarlas, y lo que es más peligroso todavía, casi siempre el análisis no se verifica sobre las aguas, sino sobre *el cadáver de las aguas*.

Fuera del anterior método para reconocer las aguas potables, que estimo el más acertado y lógico, existen los de reconocer sus propiedades, como son el color, olor y sabor. El agua pura es incolora, sin olor y tiene un sabor agradable al paladar. Las aguas selenitosas, llamadas vulgarmente aquí *aguas galas*, son en extremo ofensivas al sistema digestivo. Resultan algunas veces aguas bastante incoloras, pero que tienen origen palúdico. El análisis bacteriológico es el mejor en estos casos, y deben dictarse medidas para suprimir las lagunas, en donde se encuentren, lo que fácilmente se obtiene por medio de simples drenajes para dar corriente á las aguas estancadas. Este procedimiento es muy sencillo y puede efectuarse por los agentes de policía de los distritos en donde se observe ese mal. Cuando el médico ordenare cocinar las aguas para usarlas, conviene aerearlas, porque la supresión del oxígeno en el momento de la ebullición las hace pesadas é indigestas. La aereación más sencilla consiste en filtrarlas, después de hervidas. Los filtros de piedra deben posponerse á los filtros de presión del sistema Chamberlain Pasteur. Las aguas que se filtran en filtros de piedra, aunque parecen puras, contienen grandes cantidades de materias orgánicas. La gelatina que al exterior se forma en esos filtros está indicando una oxidación de las materias orgánicas que han atravesado el filtro. El mejor remedio es —en caso de usar filtros de piedra— someterlos lo más á menudo posible á la acción del fuego que quema y reduce á carbón las materias orgánicas acumuladas en los poros del filtro. Un fuego lento y general evita que el filtro pueda saltar por una extremada ó irregular dilatación. Puede procederse poniendo primero el filtro al sol y mojàndolo después con alcohol al que se dará fuego.

En cuanto á las aguas selenitosas, según su apariencia y condiciones, debe consultarse con el médico el modo de usarlas.

Los encargados de la policía de higiene podrían velar por que se cumplan las reglas del aseo y servicio de los filtros domésticos. Si el agua para el abasto debe ser pura, con mucha mayor razón debe serlo la que se emplee en la fabricación de bebidas y refrescos que se expendan embotellados para el público. El rigor de la ley debe ser mayor en estos casos, y la policía debe cuidar con extremada atención las fábricas de cerveza, aguas

gaseosas, refrescos y toda clase de bebidas embotelladas, cuya base sea el agua.

II

EL AIRE

Si las dificultades que se presentan para obtener el agua pura son grandes, mucho mayores son las que implica el importante problema de obtener aire puro.

El aire que todos respiramos está en general más expuesto á ser contaminado que las aguas. En efecto, su estado gaseoso lo hace discurrir con mayor facilidad y atravesar lugares malsanos, cuyos miasmas se mezclan con el aire y recorren grandes distancias. En las ciudades y poblaciones aglomeradas el peligro es mayor, porque el aire se vicia fácilmente y por muchas causas á la vez. La más común, en los poblados, es la que se debe á la mezcla con gases deletéreos, producto de la descomposición química de la excreta en los lugares en donde no existen cloacas. Representan en estas mezclas el papel más importante los carburos de hidrógeno, así como en la descomposición de las aguas de servicio doméstico, baños, lavatorios, etc. El único remedio de todos estos graves y trascendentales defectos es la construcción de cloacas. Los desagües, por limpios que estén ó se conserven, no bastarían jamás para llenar ese servicio. Las aguas estancadas producen también gases nocivos, que se conocen con el nombre de emanaciones palúdicas. El medio de evitarlos es el desecamiento de esas lagunas y estanques, tanto más necesario cuanto que allí se procrean los mosquitos que transmiten, según las teorías pasteurianas hoy bien comprobadas, la malaria y la fiebre amarilla.

El aire también se vicia por la estrechez de las habitaciones y falta de buena ventilación. Bien se sabe que en estos casos es sustituido por el ácido carbónico, que es venenoso. La policía de higiene podría tomar parte activa para evitar esos daños, al verificar la visita de las habitaciones. Hasta ahora la policía sólo se ocupa de observar si existe ó no limpieza en los patios y solares, cuando por más aseados que se encuentren estos lugares, si las habitaciones están desprovistas de aire puro, el lugar no puede ser más ofensivo y enfermizo. Aun en casas que habitan pocas personas, el aire puede estar viciado por las emanaciones del suelo húmedo y sin drenaje: este es otro punto muy remediable por la policía de higiene, porque es fácil ordenar la apertura diaria de las puertas y ventanas y aun la ventilación de los pisos por debajo, mediante ventiladores que se ordenará abrir donde sea necesario. Si se nota grande humedad del suelo, deben disponerse drenajes laterales, y si esto no fuere suficiente, el suelo de la habitación debe encascotarse con un hormigón de cemento que impida la evaporación bajo los pies. La prueba de una habitación en cuanto á su estado de humedad é higrometría, es fácil ejecutarla colocando en una taza de porcelana un kilo de cal viva. Puesta esta cal en el cuarto que se observa húmedo, se cierra herméticamente hasta el siguiente día. Pasadas 24 horas, si la cal aumenta en una décima parte de su peso de agua, el cuarto es mal sano por húmedo y debe prohibirse su habitación hasta que el mal no se remedie.

En los casos inevitables, como actualmente sucede con los desagües de esta ciudad, el único agente moderno para destruir las bacterias es el *sulfato de cobre* disuelto en gran cantidad de agua. El sulfato de cobre de 1 á 4,000 mata las bacterias de aguas contaminadas en el término de seis horas. Esta receta la uso á menudo en las obras públicas cuando se trabaja en lugares sucios para resguardar la salud de los operarios y ha dado muy buenos resultados. El sulfato de cobre disuelto tiene la ventaja sobre el petróleo crudo de que se mezcla con las aguas infectas y no se queda en la superficie de ellas, evaporándose rápidamente como lo hace el petróleo. El sulfato de cobre mata las larvas de los mosquitos y á ellos mismos, mientras que el petróleo sólo mata á los mosquitos en el momento de alzar el vuelo y salirse del agua en donde se han criado. En suma, el sulfato de cobre se está usando en grande escala en los Estados Unidos para las aguas potables, porque destruye también todos los gérmenes de las algas que acompañan las aguas de los ríos.

Para la purificación del aire en las habitaciones no hay otro remedio que el de establecer las ventilaciones necesarias y sanear el suelo de las mismas.

Los dormitorios contiguos á los jardines y plantas olorosas son insalubres, porque debido á la diferencia de temperatura y densidad del aire entre el exterior y el interior de las habitaciones, el aire impregnado del aroma de las flores y de las plantas penetra en los dormitorios y ese aire es en extremo ofensivo á la salud por la gran cantidad de carbónico que contiene. La policía de higiene podría hacer sobre esto importantes observaciones que comunicaría á su Jefe para tratar de reformas y mejoras, con los propietarios y dueños de las habitaciones que se consideren malsanas por tal motivo.

La aglomeración de personas en un dormitorio es gravísima para la salud. Cada persona debe poder disponer cuando menos de 8 metros cúbicos de aire puro, de modo que la capacidad de un cuarto debe dividirse por 8 para obtener el número de personas que puedan dormir impunemente en él; si la división se hace por diez es más fácil y más segura: así, un cuarto que tenga 4 metros de largo por 3 de ancho y por tres de altura, ó sea una capacidad de 36 metros cúbicos, permitirá ser habitada por 3,6 personas, á lo más 4.

Al principio de este trabajo hablé de los medios de ventilación artificial. Este problema es muy complejo y necesita de la asistencia del ingeniero sanitario en cada caso particular. Lo cierto es que hay muchos sistemas hoy todavía en uso, aun en hospitales, teatros y asilos públicos, que son contraproducentes y más bien ofensivos. Las nuevas teorías y prácticas modernas así lo han demostrado.

En los lugares en donde el aire se halla poblado de zancudos y mosquitos, el mejor procedimiento es usar mosquiteros en las camas. El mosquitero libra por lo menos momentáneamente del piquete del mosquito y evita sus malas consecuencias.

SUELO SECO

La excesiva humedad de las habitaciones está motivada por un suelo húmedo y extremadamente cargado de aguas estancadas. El más sencillo procedimiento para evitarlo es hacer drenajes. El suelo mojado tiene por causa un subsuelo arcilloso é impermeable. Las aguas de lluvia que allí caen no pueden infiltrarse y se estancan en la superficie, ocasionando graves daños. Es muy fácil reconocer los terrenos que necesitan drenajes. Allí donde se introduzca una caña ó un bastón y quede marcado el hueco y lleno de agua, es señal evidente de que procede construir el drenaje. Éste puede hacerse perforando la capa arcillosa con zanjas en cuyo fondo se colocan tubos de barro vitrificado sin pega, tejas árabes sobrepuestas para formar canales, ó ladrillos puestos en forma triangular. Así construído el drenaje, se cierra la zanja y el terreno se seca inmediatamente después. Estos drenajes deben conectarse unos con otros y dirigirlos á los lugares más bajos del fundo para que las aguas discurran lo más pronto que sea posible. En los caminos se ha indicado un drenaje de muy poco costo y muy eficaz. Consiste en abrir zanjas profundas, poner en el fondo troncos espinosos ó ramas cortas, cubriéndolos con una capa de las mismas ramas y después con tierra. Se obtiene así un canal por entre las ramas, por donde las aguas superficiales pueden discurrir y retirarse del lugar, suprimiendo el daño que allí causan.

De todas las reglas de de higiene pública, la más fácil de realizar, en general, es la de mantener los suelos de los fundos y de las calles perfectamente secos. En los casos difíciles el ingeniero sanitario dictará las órdenes más convenientes.

ALIMENTOS SANOS

Si bien, en general, la policía sanitaria debe preocuparse de los mercados de víveres, pulperías y ventas de comestibles, hay dos alimentos importantísimos que merecen especial y muy dedicada atención: la carne y la leche.

El expendio de carnes está garantizado por la construcción de mataderos públicos, en donde más ó menos se tiene cuidado de que el animal que se destaza se encuentre en buenas condiciones para ello; pero no sucede así con la leche y las estadísticas de todos los países están de acuerdo en que gran parte de la mortalidad de los niños se debe al mal estado ó adulteraciones de la leche. En un establecimiento de los Estados Unidos en donde se estableció el sistema de purificar la leche por medio de separadores, la capa de materias extrañas que se extrajo del interior de uno de estos separadores, se componía, según el doctor Chopin, de pelos, pus, sangre, mucus, fibrina, gran número de bacterias y detritus de materias vegetales, probablemente de excremento!

Las condiciones de una buena leche son numerosas y la materia es tan delicada que la menor impureza la daña y la hace ofensiva. Sería muy largo y enojoso enumerar aquí los requisitos que se deben llenar para te-

ner leche en buenas condiciones, y me contento con fijar las más simples reglas para aproximarse á un buen resultado.

En primer término, los lugares en donde pastan las vacas deben ser secos y no pantanosos. Hace pocos días tuve que visitar varios potreros en donde pastan vacas, y fué grande mi estupor al ver que muchos de esos potreros, aun en laderas, son pantanosos y esas aguas estancadas afectan la salud de los animales que allí viven. Procede que se verifiquen drenajes á fin de sanear esos potreros y evitar las enfermedades de las vacas de leche.

Vienen en segundo término los procedimientos primitivos de ordeñar las vacas, cosa que aquí se hace desde las doce de la noche en adelante hasta las tres ó las cuatro de la madrugada, las más de las veces á oscuras y sin que pueda notarse siquiera si algún objeto extraño cae en el recipiente en que se ordeña. A esto se añade el batimiento de esa leche, trasportada á lomo de caballo por malos caminos para llegar á la ciudad en tarros de hojalata arrugados y muy sucios. La venta se verifica del tarro á la vasija del consumidor por medio de una medida que el lechero usa unida al tarro y que alternativamente sumerge y saca con motivo de cada venta. Todo este cúmulo de impurezas va después al estómago del inocente niño, incapaz de defenderse de tanta infamia. Bien es cierto que muchos de estos graves inconvenientes son difíciles de remediar; pero muchos otros pueden evitarse. Sin tratar aquí de la adulteración posible —hecho que podemos calificar de criminal y que debe de castigarse con todo el rigor de la ley— la policía sanitaria está en la obligación de examinar con todo cuidado las vasijas en que se transporta la leche, sus taponés y su estado de limpieza. Debe ordeñarse el lavado diario con cal ó ceniza y reconocer el olor de cada tarro, cuya rancidez acusa desde luego descuido en la limpieza. La leche que se encuentre en mal estado debe decomisarse ó proscribirse su uso. En casos especiales es posible salvar una leche que principie á dañarse, acudiendo a una pequeña dosis de carbonato de magnesia.

La leche no sólo afecta la salud de los niños sino también enferma á los adultos. Mr. Baker asegura que muchas epidemias de fiebre tifoidea en los Estados Unidos han tenido por causa la leche contaminada, y en la primavera de 1901, el extraordinario número de casos de difteria en Montclair, New Jersey, fué objeto de una investigación minuciosa y se llegó á averiguar que todos esos casos habían aparecido en la venta de un solo lechero y que en la garganta de dos de sus empleados se encontró el bacilo de la difteria. ¿Por qué entre nosotros, cuando semejantes casos ocurren —y ocurren á menudo— no se dan pasos para una investigación de esa naturaleza?

El método más sencillo para reconocer la presencia del agua en la leche es el que ha propuesto un químico alemán. Todo lo que se necesita es una pequeña cantidad de yeso. Si se mezcla el yeso con la leche, formando una pasta que se deja en reposo, ésta se endurecerá al cabo de 10 horas con una leche buena; pero si un veinticinco por ciento de agua está contenido en la leche, se endurecerá la pasta en dos horas, y si es un cincuenta por ciento en hora y media. Cuando la leche tenga un setenta y cinco por ciento de agua, la pasta se hará dura en treinta minutos.

El color de la leche es de un blanco opaco y toda otra apariencia debe hacerla considerar como sospechosa. Prácticamente nuestras leches no tienen, hoy por hoy, en Costa Rica, otro defecto que el impropio envase y es menester llamar seriamente la atención de nuestros médicos de higiene para remediar este mal.

La carne que se expende en las ciudades, en general es de buena calidad, debido á que los animales se examinan en los mataderos municipales antes de matarlos, pero es en extremo peligroso abastecerse de carnes que vienen de los campos, en donde la autoridad no ha podido tener influencia para evitar el destace de un animal enfermo. A muchos peligros se expone la salud haciendo uso de esas carnes, sobre todo de las de puerco.

Una carne buena se reconoce en que los músculos están firmes, tensos y elásticos. Su color es de un rojo subido, ni purpúreo ni pálido, y jaspeada de gordura en animales bien acondicionados. No debe notarse exceso de humedad, ni pus ni fluidez entre el tejido intermuscular celular, ni manchas cárdenas á través de los músculos al cortarlos. El olor debe ser fresco y agradable sin sospecha de putridéz ni otro olor extraño.

La carne que principia á descomponerse tiene un color pálido, es suave y después toma un color verde. Si el olor de la putrefacción no es aparente, puede introducirse un cuchillo en la carne hasta el puño y después apreciar el olor. También puede cortarse en pedazos la carne y echarla en agua caliente. La gordura debe ser firme y de un amarillo pálido, libre de puntos hemorrágicos. Los pulmones deben examinarse en cuanto á la inflamación y absesos y el hígado con motivo de las lombrices.

Con la carne de puerco los cuidados deben ser mayores por la terrible triquina, que al principio no es visible sino con el auxilio del microscopio.

Hecha esta exposición sumaria de los cuatro grandes grupos de que deben ocuparse las juntas de sanidad, réstame decir que falta por considerar la parte que los higienistas designan con el nombre de *excreta* y en la que los ingenieros municipales tienen extenso campo de estudio y de aplicación.

Temo ya fatigaros, señores, con tan cansada tesis, pero no terminaré sin daros gracias muy expresivas por la benévola atención que habéis prestado á este trabajo mío, de por sí duro y severo, y aun más duro todavía en el áspero lenguaje de los ingenieros.

He terminado.



Disertación

leída el 17 de octubre de 1907 en el Ateneo de Costa Rica por su autor el señor don Rafael Iglesias

Señor Presidente, señoras, estimables colegas del Ateneo, señores:

Al ocupar esta tribuna, muéveme en primer término el deseo de corresponder á la benévola solicitud de los señores directores de este centro, vivamente interesados en arrancar á nuestras facultades, grandes ó pequeñas, pero uniformemente bien inspiradas en favor del país y sus destinos, cuanto ellas puedan dar en capacidad, ilustración y experiencia, aplicable al bien social, que es de este centro primordial objeto.

El tema escogido para la presente conferencia es muy vasto y tan complejo que en su análisis estriba precisamente la mayor dificultad para tratarlo. Vengo á ocuparme de él con el auxilio principal de la observación y la experiencia y movido únicamente por el deseo de contribuir en lo que pueda á mejorar la condición de nuestra juventud.

Señores:

Al formarse el Universo por prodigiosa labor de seis etapas sucesivas, que, no por grandes ó pequeñas en la extensión de su tiempo, fueron menos divinas por su grandeza, completó el Dios creador la obra de su ingénita sabiduría imponiendo al mundo las leyes del progreso en la propia heterogeneidad de su existencia. Y hecho así el mundo material y las leyes físicas que lo gobiernan, su divino autor, embelesado ante su misma obra, sintió que la amaba, se posesionó de ella é hizo al hombre a su imagen y semejanza, llamándole, casi como El, el rey de la creación; y así formó el mundo moral, vivificando, desde ese primer momento, la materialidad de todo lo creado.

El bíblico idilio del Paraíso fué el primer destello de amor, la sonrisa primera que animó la creación; y el mandato de Dios, al expulsar á su criatura de aquel celestial jardín de la inefable dicha y del placer, la ley que consagró el íntimo consorcio de la naturaleza y del hombre, el trabajo: el trabajo animado por el sentimiento y sustentado por la vida. Nacer y sentir; vivir y amar: he aquí las primeras manifestaciones instintivas del hombre en su doble concepción física y moral, y el trabajo, como necesidad imperiosa, la primera fuerza que imprimió movimiento progresivo al sentimiento y á la vida; y como consecuencia de todo esto, la ley del progreso humano emprendiendo su marcha, triunfadora siempre, á través de los tiempos y de las edades; generalizando su acción, ya sobre el espíritu, ya sobre la materia ó sobre ambos á la vez, en las íntimas correlaciones de la ciencia y del arte y en las múltiples aplicaciones á la industria y al comercio. Y es en ese proceso, interminable para el destino humano, donde se han sucedido unas en pos de otras las generaciones, cuyo origen se pierde en la penumbra de los siglos ó en el misterio de los mundos, con capacidades, tendencias y costumbres tan varias y tan opuestas á veces que apenas si ha podido concebirse que obedezcan á un común principio de existencia y tiendan á un mismo fin; y esas generaciones, ahora animadas por el instinto de la primera edad, ahora movidas al poderoso influjo de sus necesidades, ya levantadas al

impulso de su propia fuerza y poderío, y ya, en fin, lanzadas á la lucha por el irresistible empuje de sus grandes aspiraciones, disputándose el predominio del mundo, han venido lenta, pero continuamente, verificando la ineludible ley del progreso, cuya universalidad resplandece en el horizonte de las concepciones y de los esfuerzos humanos, con el vario colorido de las ciencias, reveladoras de toda verdad y determinantes de la exactitud física y matemática de todas las cosas y de todas las fuerzas; de las letras, sirviendo á la lógica manifestación de las ideas y á la promulgación de las ciencias; de las artes bellas, haciendo vibrar los sonidos en armonioso concierto y transportando á la materia muerta las más delicadas concepciones del espíritu, para dulcificar y embellecer el sentimiento, que es el *sumum* de la vida; y de las artes mecánicas, domando la naturaleza bruta, modelando el acero, cautivando la electricidad para convertirla en fuerza, calor y luz, salvando en minutos grandes distancias de la tierra, y, con igual velocidad, surcando los mares y hendiendo los aires, multiplicando, en fin, la fuerza motriz para simplificar en los talleres los empeños del hombre en su rudo batallar por la vida.

Estos adelantos gigantescos, apenas perceptibles en su tardío desarrollo, pero grandiosos en su conjunto, testimonio son del origen altísimo del hombre, como idea, como sentimiento y como fuerza, y no bastarán ellos, ni en tiempo ni en cantidad algunos, á satisfacer ampliamente las necesidades y aspiraciones de la humanidad, pues á medida que ésta avanza, más piensa, más siente y más puede. Es esta precisamente la actividad incontenible en que se desarrolla la vida del hombre,—actividad que ha sido preciso encauzar adaptándola á los propósitos, previsiones y necesidades humanas, por cuanto no se concibe la existencia del hombre con los poderosos atributos de la razón, que lo dignifica, sin el dominio de una fuerza moral, que circunscribe el desenvolvimiento de sus facultades y el ejercicio de su libertad á determinados fines y dentro de los límites precisos á la armonía social; como no podría concebirse la heterogeneidad infinita de todo lo creado, sin la existencia de las leyes que regularizan los movimientos y determinan, dentro de la armonía universal, el proceso interminable de las evoluciones.

A esa necesidad, imperiosa para el destino del hombre, responde la función social más importante y trascendental,—la educación,—que, considerada en sus dos factores principales de desarrollo,—el hogar y la escuela,—es el objeto de la presente conferencia.

Educar: es decir, modelar y adaptar á ciertas reglas y para fines preconcebidos las aplicaciones de la inteligencia y del libre albedrío de los hombres, y hacerlo de tal manera y en tal forma que el procedimiento garantice, hasta donde sea posible, dentro de las circunstancias tan variadas á la existencia de cada cual, la armonía entre todos; que gire cada actividad dentro de su propia esfera y que sea el de cada una el límite de la otra; es decir, la educación individual y la colectiva; la del hombre para sí mismo y la que es precisa en él para bien de los demás.

La educación se inicia con la vida: es su primera manifestación la caricia maternal, símbolo del más noble y puro de los sentimientos humanos; tiene por primera causa la necesidad de amar en la que es madre, y en su primer efecto,—en el hijo,—la de ser amado y socorrido en su impotencia y desnudez. Es por esto por lo que la educación reconoce por base el amor, por medio eficaz, la inteligencia aplicada al método, y por fin último, el bien; el bien, que comprende en su más amplia acepción todas las manifestaciones de la vida, resume todos los progresos y sintetiza los designios todos, visibles y misteriosos, de Dios para con el hombre.

La educación del hogar es la más importante y delicada; ella forma el corazón para las luchas de la vida, fija en las imborrables impresiones de la pri-

mera edad, el consejo de la madre y sus ejemplos; y como el grano de arena que rueda en el conjunto de las masas batidas por el Océano es, á pesar de su infinita pequeñez, la unidad de aquel conjunto, así la labor del hogar, sobre un corazón que sea, viene á ser también, de la gran masa humana, la unidad de sus destinos. Para tales fines y con significación tan alta en el proceso de la humanidad, es en la educación del hogar donde deben consagrarse los fundamentales deberes de la vida. Y como la idea de Dios, en cuanto es causa y efecto de todo lo creado, viene á ser la primera que se impone por orden lógico del principio y del fin de la existencia, se hace preciso enseñarla preferentemente al niño para que la conciba, si no con la razón, incapaz en esa edad de comprenderla en toda su grandeza, con el sentimiento, que, abierto sin reserva á las primeras impresiones de la vida, acepta ingenuamente esa evangélica enseñanza y la mantiene en su prístina pureza, mientras, ya hombre, en la edad madura, somete sus dictados al juicio sereno y más ilustrado de su razón; á ese juicio, que, bien informado y mejor dirigido, no deja de reconocer, más tarde ó más temprano, que en los preceptos de la religión de Cristo se encuentra la noción fundamental del bien: *el amor á Dios y á los hombres y el deber para con todos.*

Inspirado así el niño en la idea de Dios é instruído en los preceptos de la moral, á medida que los pequeños incidentes de su actividad vayan requiriendo la amonestación y los consejos de sus padres, corresponde á éstos, con la práctica de la virtud como medio racional y digno de vivir, formarle el medio ambiente; es decir, saturar la atmósfera que ha de mantener la vida de aquel organismo de todo cuanto sea capaz de reflejar sobre él el bien, y de imprimir en sus facultades la firmeza y energías que habrán de levantar su ánimo y de dignificarle para con los demás, es decir, el carácter distintivo peculiar de la voluntad acerada en el estricto cumplimiento del deber y manifestación evidente de las aspiraciones del hombre,—si humildes, siempre nobles; si grandes, beneficiosas siempre al mundo y ejemplares!

La educación del hogar es sencilla por cuanto se desliza entre las ternuras y los cuidados de los padres, entre los trabajos y quehaceres naturales y corrientes de la vida ordinaria de la familia; sin embargo, el carácter, la educación y las costumbres de los padres son á veces tan inconvenientes y de suyo tan difíciles de corregir que indefectiblemente afectan sobremanera la índole é inclinaciones de los hijos. Es muy común y corriente, aun en personas de cultura social y de ilustración superiores, el pretender que el niño debe hacer siempre, como los hombres ya formados, las cosas bien y correctamente y que las infracciones en este sentido cometidas emanan de una voluntad contraria y rebelde, que debe corregirse y aun castigarse; asimismo, se cae con frecuencia en el grandísimo defecto de la intolerancia por todo: por el juego del niño, por los daños casuales que haga, por sus distracciones en el cumplimiento de algún mandato y por tantas otras causas tan triviales que apenas si llegan á demostrar todas juntas y en los más graves casos que aquel organismo es activo, impetuoso, distraído; es decir, que, bien mirado, tiene todos los atributos de la edad infantil: algunos de aquéllos que auguran precisamente mayores triunfos y mejores resultados, pues la actividad no es un defecto, ni menos lo es la impetuosidad, y en cuanto á las distracciones, éstas denotan, cuando más, que si el niño no piensa en lo que se le ordena ó se desea, es porque piensa en lo suyo, cualquier cosa que llama su atención y le interesa. No pretendo que esas facultades queden sin la debida dirección; muy al contrario, considero que deben encauzarse, pero con solicitud y buena voluntad, para hacerlo con acierto. Pero de esto á la constante intolerancia y al castigo frecuente, hay una distancia tan grande como la que llega á establecerse entre el hombre educado y el hombre brusco, entre el de carácter distinguido en fuerza de ser tratado con dignidad

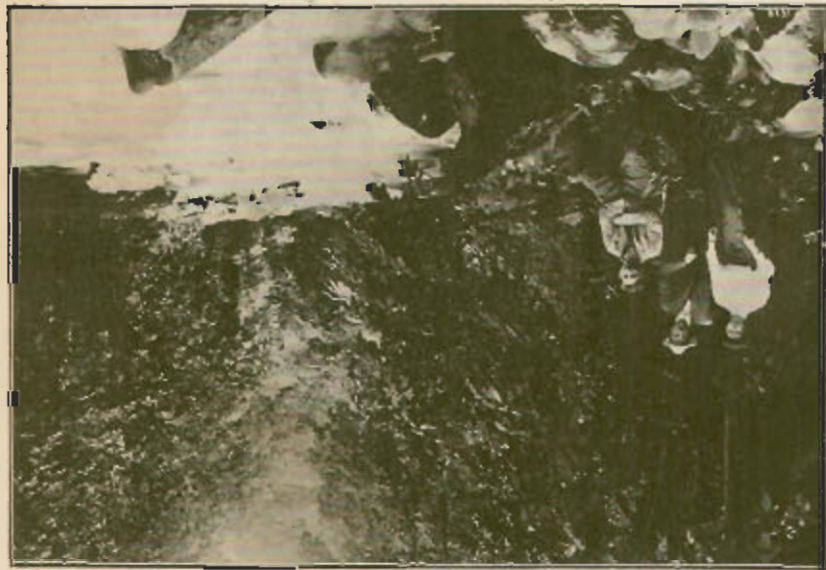
COSTA RICA

Fotografía H. N. Rodd



Cascada
del
rio Saracha
en su
confluencia
con el
rio Poás

PAGINAS ILUSTRADAS



Paisaje
en el
rio Poás
Provincia
de
ALAJUELA

Escenas campestres

por sus progenitores y el terco y mal inclinado en razón del insulto y atropello frecuente de sus padres, quienes en mayor grado relajan los sentimientos y destruyen las energías de los hijos, por cuanto los hostilizan desde la cuna y es su propia sangre la que los deprime. A este respecto, cabe aquí hacer mención honrosísima de nuestro actual sistema de educación común en cuanto proscribiera en absoluto el castigo corporal en las escuelas, y es fuerza convenir en que, penetradas las gentes de esa disposición, han ido familiarizándose con ella y aplicándola á su vez en los hogares, ya sea porque comprenden su trascendencia ó bien porque, suavizada en la escuela, por ese medio, la índole de los niños, éstos presentan menos resistencia á la acción de sus padres ó los contienen ó corrigen con su dulzura, en sus arrebatos; que el ejemplo del hijo para con el padre es golpe certero al corazón y á la mente de éste, como recibido al fin por la misma sangre, que dignifica cuando corrige bien. Otra de las causas que en mayor grado contribuye á desvirtuar la educación de la familia es la frecuente controversia entre los padres, demostración palpable de que adolecen, uno ú otro ó ambos á la vez, de la debida educación, que desconocen sus recíprocos deberes y obligaciones ó que, introducida fatalmente la discordia entre ellos, por tibieza ó relajación de los fundamentales vínculos del matrimonio, se ha apoderado el fastidio de uno y de otro, y la intolerancia y mala voluntad para todo acto conjunto del hogar, reina entre ellos. Este inconveniente, por el mal ejemplo que establece, destruye la autoridad de ambos y, en consecuencia, desaparecen el orden y la tranquilidad sin los cuales la familia es un desastre. ¿Y qué podría decirse de aquellos padres de familia que arriban á sus hogares en estado de embriaguez? Respecto de este vicio, la defensa social se ha organizado en diversas formas sin llegar verdaderamente á resultados prácticos, desde luego que se limita á reprimirlo, pero no lo castiga. Conceptúo que este mal social, por sus desastrosos efectos en la organización física de la familia y más graves aún en su conformación moral, debe corregirse con la severidad y firmeza que demanda la protección á seres indefensos como la mujer y los niños, víctimas inocentes y mudas de silenciosos y terribles dramas que á diario se desarrollan en altas horas de la noche, bajo el techo infeliz que ampara al ebrio en sus desmanes. La separación conyugal, la pérdida de la administración de los bienes y, más que todo, la de la patria potestad, deberían establecerse como pena á la ebriedad. Librar á las sociedades del azote terrible del ebrio, en quien la ciencia ha descubierto el germen del crimen, de la locura y del mal; ser justos, poniendo en manos del cónyuge virtuoso, que constituye el único soporte de aquel hogar, los medios de satisfacer las necesidades del mismo, administrando bienes que son más suyos, por el objeto á que los dedica, que del pródigo consorte, que compra con ellos la ruina y la deshonra de sus hijos; y ser humanos, librando de la autoridad del padre vicioso á los hijos, víctimas suyas, para que escapen á la tiranía del licor, la más horrible, en cuanto apaga á la razón sus luces y rompe al corazón sus vibraciones, para retraerlos de las leyes fatídicas del mal hábito que traicionadamente se connaturaliza con los individuos, para salvarlos, en fin, como se salva á los naufragos de las tempestades,— que ellos son más dignos de ese auxilio, porque están pereciendo sin cesar, sin tregua, cada día y cada hora, sin que les llegue, como llega para los otros, el esperado momento de perecer por fuerza natural y sin ignominia en el fondo de los mares!

Si pues al hogar lo rodean y lo acechan tan grandes enemigos en la condición misma de los hombres que lo fundan, preciso es buscar medios de represión efectiva para todos aquellos vicios que pudieran caer bajo el peso de la ley común; que para los demás, que al fuero interno pertenecen, con mejorar el medio ambiente, levantando la condición de la sociedad por el correctivo de las costumbres, bastaría.

El proceso educativo es continuo, y si su primer período se desarrolla en el hogar, el segundo se comparte entre éste y la escuela, llevando la última la supremacía por los atractivos del aprendizaje y de la asociación de los niños y por la influencia manifiesta del maestro en sus discípulos.

Si pues en este período la enseñanza es conjunta y en todo caso complementaria de la anterior, sus agentes primordiales, que son el maestro, las materias de enseñanza y el método, deben forzosamente conservar y robustecer las buenas enseñanzas del hogar; de otra manera se establecería verdadero antagonismo entre ellas, en mengua de la educación en general, por cuanto la haría inconsistente é informe respecto del niño.

El maestro, llamado y con razón el segundo padre del niño y el primer amigo del hombre, debe poseer en primer término idea completa de su importantísima misión, conocerla en su admirable conjunto y apreciarla en sus más íntimos detalles. Su penetración debe observar los más recónditos móviles del corazón del niño, adivinar sus más íntimos pensamientos, apreciar sus más pequeños deseos, estudiar sus naturales inclinaciones, y hacer esto con el mismo interés y cuidado que emplea el escultor famoso en su empeño de modelar una figura humana, con tal perfección que en sus contornos y en sus líneas, como en sus ondulaciones y sus sombras, se adivine la índole, el sentimiento y la idea que animan la imagen concebida por el autor, reflejada en el frío mármol de aquella estatua; es decir, ser artista del corazón y de la inteligencia de otro ser, modelándolo de manera que en el curso de la vida broten de él, como simientes regadas sobre fecundo suelo, ópimos frutos, germinados al calor de sus enseñanzas, de sus cariñosos consejos y de su ejemplo. El maestro debe reunir condiciones de carácter y de moralidad suficientes á garantizar el resultado de sus esfuerzos; las de su ilustración siguen después, por ser más fáciles de adquirir en el reducido número de materias que la instrucción primaria debe comprender. Mas como esas condiciones no se improvisan, han debido formarse en el hogar ó en la escuela, robustecerse en un régimen de vida correcta y afianzarse con hábitos y costumbres libres de toda sospecha; en consecuencia, la selección del maestro se impone y, para mejor acierto, hay que buscarle en los bancos de la escuela, designándole, por su índole, educación, vocación é inteligencia, y prefiriendo entre los escogidos á quienes, por la moralidad de sus respectivas familias, den mayores garantías en sus tendencias é inclinaciones. A la escuela normal, fundada y sostenida por el Estado conforme á las reglas de la más sana pedagogía apropiada al país, ingresarían los elegidos, y allí, después de minuciosa observación de los preceptores durante todo el curso de la enseñanza normal, serían designados para maestros los que satisfactoriamente la completasen.

Como regla general, la selección de los jóvenes para el magisterio debería encomendarse á los directores de las respectivas escuelas, quienes los designarían dentro de un grupo de escolares, de número igual al de maestros de la misma escuela, formado y presentado por éstos en reunión privada celebrada al efecto. Esta designación tendría que ratificarse por el inspector del respectivo circuito, quien, para mejor cumplir su cometido, comprobaría por medios apropiados á tan delicado cargo las condiciones del elegido y las de moralidad de su familia.

De esta manera se alejarían las intrigas tan frecuentes en actos de esta naturaleza, y se aseguraría, más que por otra cualquiera, el resultado que se procura, puesto que nadie mejor que el maestro, y sobre éste, el director, conocen las capacidades, sentimientos é inclinaciones de sus discípulos. Este procedimiento reviste otra ventaja muy digna de tomarse en cuenta, y es la de que, designando cada escuela un normalista, vendría éste en su oportunidad á prestar sus servicios de maestro en aquel lugar, con el cual está verdaderamente encariñado, por cuanto lo conoce desde su infancia, donde reside su familia, cuya pre-

sencia sería garantía de moralidad en su conducta, y á donde llevaría, en fin, con ventaja para las costumbres de su pueblo, la cultura y enseñanza de la capital. De otra parte, es indudable que cada localidad progresaría más con elementos de ella misma, seleccionados con cuidado y educados con esmero, que con otros extraños á ella. Y es porque el estímulo se establece mejor entre individuos de una misma condición, por los vínculos que existen entre ellos y por la convicción íntima que adquieren de que el mérito es resultado del esfuerzo propio, y tienen conciencia de los medios lícitos empleados para obtenerlo.

La permanencia del maestro en una misma escuela, mientras no dé motivo para separarlo en absoluto del magisterio, es de suma importancia; y más lo sería si tuviera á su cargo todos los grados de la enseñanza primaria; es decir, que en vez de ser maestro de grado, sea maestro de escuela con el número de niños que le corresponde, ascendiendo con ellos cada año hasta el grado superior, para recomenzar después con nuevos discípulos desde el primer grado, y llenar así sucesivamente su importante cometido.

Este sistema es indefectiblemente más ventajoso para el maestro, para los discípulos y para la enseñanza en general. Para el maestro, por cuanto forma realmente su carrera; es decir, siente todas las ambiciones que ella de modo natural despierta, y experimenta todos sus estímulos al contemplar, en los períodos que comprende la enseñanza, el resultado efectivo de sus cuidados de su cariño, de sus afanes, de su instrucción, de su competencia, en fin, manifestado en un grupo de jóvenes de quienes en ese mismo tiempo ha llegado á posesionarse en absoluto, haciéndolos suyos, dominando sus corazones, desarrollando sus inteligencias, y en quienes, al formar el carácter, ha labrado el suyo propio con el aprendizaje de determinadas reglas y procedimientos puestos en práctica con especial interés de acierto y con resultados inmediatos y positivos, que le hacen tener conciencia de haber formado hombres y corazones y de ser digno de llevar el honorosísimo título de maestro. De otro lado, vendría á ser el amigo predilecto de las familias de sus discípulos, porque en los mil incidentes ocurridos con cada uno de éstos durante el prolongado tiempo de la enseñanza primaria, tendría que entenderse con aquéllas, aconsejando tal ó cual procedimiento en el régimen del niño, dando tal ó cual queja, acusando tal ó cual defecto en él,—actos todos estos que comprometerían la gratitud y el aprecio de los padres, como reveladores de verdadero interés por sus hijos, que constituyen sus más íntimos afectos y son objeto carísimo de sus más halagueñas esperanzas, así como de sus más profundos temores. Es esta la única manera de que el maestro todo entero se refleje en sus discípulos; es decir, la obra en su autor, y el medio único de hacer del magisterio verdaderamente una carrera.

Obtener un diploma porque se han servido muchas escuelas sin mayores resultados, ó porque, según examen presentado ante un tribunal competente, se conocen bien las materias de enseñanza, aunque no se sepan enseñar debidamente, ó porque se ha servido el mismo grado en muchas escuelas, obteniendo satisfactorios promedios, eso es tener simplemente un título para desempeñar éste ó aquel puesto en la enseñanza pública, con mayor ó menor retribución del presupuesto; ó, lo que es lo mismo, hacer carrera, pero carrera de empleado público. Por estos medios podrán satisfacerse necesidades personales, pero no se llega á levantar jamás á su propia altura ni á revestir de dignidad y de carácter el magisterio.

Por lo que se refiere al niño, ¡á cuántas consideraciones no se presta el grave inconveniente de cambiar de maestro en cada grado; de llegar á los doce años con cinco maestros conocidos, por lo menos, sin vivir en el recuerdo de ninguno de ellos ni recordarlos á su vez; sin conservar el más pequeño vestigio del carácter ni de los méritos de aquéllos, porque fueron tantos y tan diversos en su índole, en su educación y en sus tendencias que, sin pensarlo y sin quererlo, unos á los otros fueron desvirtuando sucesivamente en el corazón y en las facultades generales del niño la obra del antecesor! Y no se crea que la existen-

cia de un método, como regla general en el procedimiento, salva respecto del niño las deficiencias de sus maestros y las diferencias entre ellos, pues sabida es la influencia sugestiva que cada cual ejerce en sus discípulos y la tendencia de éstos a tomar de su maestro hasta los más pequeños detalles característicos de su persona.

La regla de maestros para cada grado rompe, pues, respecto del niño, la unidad en el procedimiento, en la índole, tendencias y resultados de la enseñanza, y en el maestro, lo habitúa á la rutina del grado, á convertirse especialmente en el expositor de ciertas materias, en las cuales desea quedar bien para recomendarse con sus superiores al fin de cada año lectivo, en que el tribunal comisionado al efecto examina la clase y la califica por el promedio de notas; esto para que en su oportunidad resuelva, quien debe hacerlo, si se mantiene al maestro en aquel puesto, si se le retira ó se le mejora. Y aun suponiendo que por vocación, ó por verdadero deseo de cumplir bien con su deber, ó por cualquier otro móvil parecido, toma el maestro verdadero empeño en educar y enseñar á sus discípulos, ¡con qué dificultades no tropieza en las sugerencias ó deficiencias de su antecesor! y, ¡con qué estímulo ha de proceder si piensa á su vez que quien debe continuar la educación de aquellos niños, en el año lectivo siguiente, habrá de descuidarse quizá ó de alterar su magnífica labor! Y esto, ¿quién lo evita y por qué medios? Nadie. En la imposibilidad, pues, de formar en el niño, con la variedad de maestros, un carácter y un corazón, de marcar una tendencia y de fijar una base sólida por sus fundamentos y objetivos, y en la imposibilidad también de que los varios maestros, estacionados en sus grados respectivos, lleguen á conocer el proceso educativo de su discípulo y el resultado final que de él se obtenga, debemos convenir lógicamente en que la unidad de la enseñanza primaria se rompe por entero con tal procedimiento, en que cada maestro gira dentro de su limitada esfera de acción, sin estar por modo alguno en el todo de la enseñanza, y en que cada niño se pierde en ese todo, informe por la diversidad de sus componentes.

La cohesión entre los respectivos maestros no puede obtenerse por cuanto cada uno es egoísta en su propio grado, desde luego que trabaja en la parte de la enseñanza que se le encomienda, sin ser, por lo demás, responsable del trabajo de los otros; y si lo dicho no bastare para demostrarlo, es muy elocuente el hecho cierto de que muchos maestros, á poco de comenzado el grado y ya porque tengan razón en ello ó como pretexto para disimular su deficiencia, se lamentan de lo mal preparados que del grado inferior vienen sus discípulos; y de esta suerte, van los unos criticando y deplorando el trabajo de los otros, hasta que llega por último su propio turno á la dirección y profesorado de la segunda enseñanza, quienes, con más autoridad todavía, se lamentan hondamente del resultado general de la enseñanza primaria.

¿Y qué de extraño tienen para nosotros esos lamentos cuando deploramos también á cada paso el rumbo que lleva nuestra juventud, revelador de la más trivial de las educaciones y de la menos consistente de las enseñanzas?

La enseñanza en la instrucción primaria debe ser puramente elemental; no á otra cosa se llega cuando consideramos el lento desarrollo de las facultades del niño y la necesidad de mantener despejado su cerebro, de no atrofiarlo con conocimientos de orden superior, que producen confusión en las ideas y enervan las energías para el aprendizaje posterior. Sucede con frecuencia que el maestro de grado, en su afán de ponderar su competencia y en ausencia de textos que regulen la enseñanza, se extralimita en ella, violentando la concepción de sus discípulos con explicaciones inadecuadas á la edad de éstos. Y si á los inconvenientes de este género, insalvables en el sistema que nos rige, por la libertad en que se deja al maestro en el desarrollo de los programas ó por los defectos de éstos, se agrega que es relativamente excesiva la enseñanza que se

imparte, caemos en un defectuoso estado de instrucción, el cual importa corregir por su trascendencia en la educación general.

Muchas personas creen que á mayor número de materias la enseñanza es mucho mejor; sin embargo, tratándose de la instrucción primaria compulsiva, nada es más errado que esta premisa, la cual nos conduciría á hacer, sino imperfecta por su vaguedad, interminable por su multiplicidad la enseñanza pública. Cabe á este respecto hacer observar la inprevision en que incurre el Estado al exagerar su deber de instruir á las masas, perdiendo de vista, con la profusión de materias, el primordial objeto de la educación popular, y haciendo caso omiso, de otra parte, de las inclinaciones y necesidades naturales del pueblo, pues no se compadece ni con unas ni con otras una instrucción más vasta de lo preciso y prolongada en su tiempo, por cuanto se vuelve en el niño un hábito la vida sedentaria de la escuela, con perjuicio positivo del trabajo y de las faenas ordinarias del hogar, mal atendidas durante ese tiempo y comúnmente llevadas de mala voluntad ó totalmente abandonadas después, por el engañoso afán de proseguir estudios superiores, para los cuales no se tienen quizá capacidades suficientes, que disculpen ese mal disimulado desprecio con que llegan á verse los hábitos humildes del trabajo. Es un error, y error muy grave, en el que se incurre al despertar esas ambiciones y al creer que la cultura intelectual es un fin, en vez de conceptuarla como un medio, indudablemente de los más eficaces para llenar los fines de la vida, pero que, para adquirir el cual, en la extensión necesaria á cada uno, no necesita apartar al individuo de la escala social á que pertenece ni mucho menos del trabajo ú ocupación honesta á que lo llama su propia condición; que en todo caso, es mejor y más propio brillar entre los humildes que sobresalir entre los soberbios.

Se observa entre nosotros que el niño del campo, por cumplir con los deberes escolares, abandona casi por completo el trabajo habitual de la familia, generalmente el de la agricultura, en la cual su auxilio al padre importa mucho para el menor costo de los cultivos, y es de gran significación, por la enseñanza práctica que adquiere de esa primera fuente de riqueza universal, de esa ocupación la más halagüeña y apacible de la vida. A este respecto, juzgo de oportunidad repetir aquí lo que en privado he expuesto alguna vez al hacer estas mismas consideraciones, las cuales no llegué á comprender cuando presidí el Gobierno de la República, por cuanto me faltó entonces la oportunidad de penetrar detenidamente en ciertos detalles importantísimos de la vida sencilla del pueblo. Esas consideraciones se reducen á aconsejar que se cierren las escuelas rurales en las horas del día en que los bueyes aran la tierra, para que los niños ayuden á sus padres y se familiaricen en las labores agrícolas y que se abran aquéllas en las horas en que los bueyes, alto el sol que los sofoca, descansan á la sombra y se alimentan. Y las niñas, al igual de los varones, ayudarían en esas mismas horas á la madre en sus faenas, las más duras del día, realizándose así, entre el hogar y la escuela y por los padres de familia y el maestro, la labor magnífica de educar para el trabajo y para el mejor cumplimiento del deber.

La inclusión en los programas de enseñanza de un mayor número de materias que el necesario, lo atribuyo á la costumbre, hija más de nuestra humildad que de nuestra ignorancia, de establecer métodos importados de otros países donde después de la escuela existen, por especial grado de cultura y poderoso impulso de corporaciones ó particulares con recursos sobrados para ello, centros de instrucción especial en la pluralidad de materias esbozadas en la escuela, y á la par de éstos, una demanda constante de esas actividades en laboratorios, fábricas, talleres y manufacturas de toda clase; es decir, que allá la amplitud de la instrucción satisface una necesidad, en tanto que entre nosotros la crea, sin tener, de otra parte, los medios para satisfacerla.

Es, pues, de necesidad que la instrucción primaria se simplifique y que el maestro se empeñe en enseñar bien aquellas materias fundamentales, de aplicación obligada y corriente en la vida común del pueblo, que faciliten á éste la manera de satisfacer mejor sus naturales inclinaciones y de llenar cumplidamente sus deberes. Entre más sencilla sea y menos prolongada la instrucción popular, en menor grado se despiertan ambiciones no nacidas por modo natural en fuerza de facultades especiales, en cuyo caso sí deben satisfacerse ampliamente, sino por el afán de ostentar un título honorífico ó por torpe sugestión del maestro á los padres del niño ó por repulsión de éste al rudo trabajo á que está obligado. ¡Cuántos errores no se han cometido en este particular, haciendo vanos muchos esfuerzos y estériles muchos sacrificios de las familias; arrebatando brazos, inteligencias y energías á la agricultura y á las industrias y, lo que es peor aún, exponiendo las nobles profesiones, garantía de la sociedad, al desprestigio y la corruptela, por la vulgaridad en que caen y por el desequilibrio manifiesto que se establece entre la cultura intelectual y el nivel moral de los hombres que así llegan á ejercerlas! Si cada persona tuviera el buen juicio de dedicarse á aquello para que es más apto, no habría ni un individuo inútil ni un solo esfuerzo vano en el mundo.

Yo no niego la conveniencia de aprender lo útil y lo agradable, pero en manera alguna dentro de la enseñanza compulsiva del Estado, pues éste no debe imponer nada que salga de lo preciso para levantar la condición moral de los ciudadanos ni en cantidad ni en extensión de materias. Déjese el complemento y ampliación de la enseñanza á la iniciativa particular ó, cuando más, auxiliense los municipios ó instituciones privadas para que la establezcan, pero de concurrencia libre y no forzosa, pues la causa verdadera del desastre que la prodigalidad de la enseñanza ocasiona consiste en la de obligar al niño á aprender aquello que está muy lejos de aplicar y cuyo conocimiento lo aparta de lo real y de lo práctico y lo induce á estudios ligeros que halagan la vanidad, pero no enseñan; como sucede con toda instrucción superficial ó extemporánea, que aumenta la intensidad de las pasiones, establece la vaguedad en las ideas y relaja, por consecuencia, los caracteres. En estas grandes lagunas de la instrucción popular es donde se hunden las nacientes energías de la patria y pierden su orientación las ideas y aspiraciones nacionales.

El método objetivo aplicable á los jardines de infancia y el oral á los grados subsiguientes de la enseñanza primaria requieren una superioridad en la metodología y en el conocimiento elemental y de aplicación de las materias que se enseñan que, á la verdad, estamos muy lejos de tener en la generalidad de nuestro personal docente, sin culpa de éste, por cuanto sin mayores elementos y de modo brusco, si se quiere, penetró en el sistema. En esto nos ha sucedido lo que con frecuencia acontece, por desgracia, en nuestra raza, —que imitamos lo fácil de lo bueno y nos abandonamos en lo difícil y fundamental; en efecto, personas de reconocida ilustración interesadas en la enseñanza nacional estudiaron el sistema aconsejado por la pedagogía moderna, observaron en memorias, informes y estadísticas de países europeos y americanos el satisfactorio resultado de ese sistema, y con tantas y tan autorizadas recomendaciones lo aconsejaron al Gobierno, quien con la mejor buena voluntad lo aceptó é impuso en las escuelas. Hasta aquí todo fué fácil; pero el aprendizaje y compenetración del sistema por el personal docente que debía hacerlo efectivo, y los programas, complemento imprescindible para desarrollarlo, y el kinder-garten y las escuelas normales, es decir, lo fundamental de la reforma, ¿qué se hizo y donde está? Ni se hizo ni está aún, porque nuestra vanidad se satisfizo con la adopción del sistema y con los aparentes resultados obtenidos durante el tiempo transcurrido, después de tantos esfuerzos empleados y de ingentes sumas invertidas en la ins-

trucción popular. Y es de advertir, en el que ahora habla, la gran parte de responsabilidad que en esto le corresponde, por haber desempeñado en dos períodos sucesivos la presidencia de la República, animado de buen deseo y con medios suficientes á llenar tan imperiosa necesidad; mas vaya en mi descargo el no haber llegado á comprender entonces las deficiencias á que ahora me refiero, con el deseo de que quienes me oigan y pueden, las subsanen en beneficio de la educación en general.

Yo no condeno en toda su extensión el sistema adoptado, sino en cuanto lo conceptúo demasiado científico, y dudo mucho, en consecuencia, de sus resultados prácticos, por la dificultad de formar maestros tan competentes como se requiere, y porque es tan severo y extremado en la metodología como prolijo en la manera de enseñar que, á la verdad, hace del niño casi un autómatas, sin acción propia ó, si acaso, muy lenta y tardía para la concepción de las ideas y de las cosas.

Yo he creído siempre que á nuestros hijos, retoños de una raza vivaz y nacidos en los trópicos, tan fecundos en el desarrollo de la inteligencia, les convendría un sistema más rápido y, por lo tanto, de mayor esfuerzo, que en vez de contradecir esas condiciones indudablemente ventajosas, fuera á la par de ellas, encauzándolas y dirigiéndolas con acierto. Asimismo, considero inconveniente el que se descuide ó, mejor dicho, se condene la memoria en el niño, por exagerado modo de razonar cuanto se le enseña, no obstante lo elemental de la instrucción, sin tomar en cuenta que esa potencia del alma es de las primeras en manifestarse, pero también la primera en desaparecer, y que, en consecuencia, hay que cultivarla en la primera edad con el aprendizaje de aquellos conocimientos que requieran de menos el raciocinio del niño, usando para ellos de los respectivos textos; que en todo caso, es bueno caer en cuenta de que lo contrario de la memoria es el olvido y que no poca desgracia sería para nuestros hijos el abandono de esa preciosa facultad.

Me explico perfectamente que en otros países de raza diferente y de diferentes latitudes á la nuestra, donde sobran medios para ello y lo reclama el lento desarrollo intelectual de los niños, el medio ambiente y las condiciones de vida ya normalizadas en todos sentidos, se haya llegado á la adopción de ese sistema de enseñanza, en fuerza de observaciones atentas y de minucioso y profundo estudio de todos estos factores, con tanto acierto como se llega á una conclusión matemática; mas juzgo que entre nosotros no debe aplicarse en todo su rigor y que conviene modificarlo, conservando sus fundamentales principios hasta donde sea posible, prefiriendo en todo caso sacrificar, si se quiere, ventajas científicas por resultados prácticos; pues no debe perderse de vista que Costa Rica, en materia de instrucción pública, como en todas sus demás instituciones, está de tal manera democratizada que lleva sus escuelas á todas partes y que el sistema que adopta lo establece por igual desde el último villorrio hasta la capital. Esta generalización de la enseñanza, de manera tan profusa, no existe en la mayor parte de los países donde rige el sistema que analizo, y es por esta razón también por lo que se hace allí más factible su adopción; en tanto que para nosotros llega á ser, en la forma en que está implantado y por las razones ya indicadas, dispendioso en tiempo y en apropiados elementos, y poco halagüeño, por no decir inconveniente, en sus resultados.

La labor de la enseñanza primaria, considerada en su armonioso conjunto y en sus fundamentales propósitos, es de tal manera difícil y delicada en su desarrollo que requiere, indefectiblemente, voluntad inquebrantable y firme propósito en la prosecución de un sistema que se adapte completamente á las condiciones del país, que tome en cuenta los elementos de que se puede disponer; que se compenetre de la índole, tendencias y aspiraciones del pueblo y se inspire en su propio bien. Organizar escuelas, formar maestros, redactar programas y esta-

blecer métodos de enseñanza inspirados en el modo de ser y tendencias de las ciudades capitales, no es medio acertado de procedimiento; precisa tomar en cuenta, de preferencia la gran masa del pueblo, que es el sustentáculo de la nación; no perder de vista que la instrucción debe ser limitada á lo indispensable en cantidad y tiempo, para que cese cuanto antes, en beneficio de las necesidades de la vida y de la enseñanza práctica del trabajo, el imperio del Estado sobre el niño al imponerle la escuela con el humanitario fin de librar su espíritu de las tinieblas de la ignorancia y de convertirlo en elemento de orden, de actividad y de progreso para beneficio de la familia, de la sociedad y de la patria.

No terminan con la instrucción primaria las funciones directas del Estado en la enseñanza pública, sino que, por especial modo de ser nuestro, continúan en la segunda enseñanza al ser dirigida y sostenida por el gobierno nacional. Hasta hace poco tiempo, tenía como cierto que esa enseñanza necesitaba forzosamente de la acción oficial, completa y resuelta, para ser estable y benéfica en sus resultados. Hoy pienso de muy contrario modo, fundándome, como principio general, en que la centralización administrativa perjudica los intereses todos del país y compromete vivamente su porvenir; con mayor razón en la segunda enseñanza, por cuanto determina, dentro de las actividades sociales, una corriente incontenible de éstas, tan profusa ya y de tan inseguros resultados que, á la verdad, no cabe atribuir este inconveniente á otras causas que á las facilidades con que se prodiga y á la manera como se imparte. De ambas cosas es causa la intervención directa del Gobierno en ella y su sostenimiento con los fondos del erario público.

No soy de los que creen que la enseñanza superior debe vulgarizarse; no porque pretenda que existen determinados seres condenados á no recibirla, en contraposición de otros exclusivamente llamados á obtenerla; no; muy lejos de mi ánimo semejante modo de pensar y de sentir; sino porque, siendo relativamente muy limitado entre nosotros el campo de aplicación de las carreras científicas y literarias, habrá de suceder con el tiempo que á medida que se dificulte para quienes las ejercen el medio de satisfacer con su aplicación las apremiantes necesidades de la vida, ó habrán de fracasar en absoluto, ó, en la necesidad imperiosa de vivir, vivirán de ellas, pero socavando en sus fundamentos la nobleza y dignidad profesionales. Todas las cosas tienen límite obligado en su propia extensión; de aquí que las necesidades sociales se circunscriban á su actividad; la nuestra es, en el sentido de que hablo, bien limitada, por cierto; y si en vez de venir en aumento progresivo, á medida que se ensancha nuestra población y nuestros intereses, viene de golpe, como está sucediendo ya, un crecido número de individuos titulados, ¿de quiénes será el limitado campo de acción? ¿cuántos surgirán y cuántos habrán de sucumbir? El número de estos últimos, cualquiera que sea, llamará á las puertas del Gobierno, creador de esa situación, y tendrá éste que remediarla ocupando en los destinos públicos á esos batalladores, rezagados ó vencidos en la lucha profesional. Ante tan grave inconveniente y ante semejante responsabilidad de parte del Estado, preferible sería que la segunda enseñanza se impartiera en colegios privados únicamente, donde la competencia y el estímulo habrían de mejorar las aptitudes del personal, las condiciones del aprendizaje, de la educación y del método de enseñanza; donde los padres de familia ejercerían verdadera vigilancia y determinarían, por razón de las erogaciones consiguientes á la enseñanza de sus hijos y en presencia de la conducta, aplicación y capacidades de éstos, si habrían de continuar ó no aquellos estudios, imponiéndoles, en este último caso, estoy seguro de ello, el aprendizaje de algún oficio ó dedicándolos desde luego á alguna ocupación honesta; porque está fuera de toda duda que no existe padre de familia alguno que, obligado á sufragar la educación del hijo, no la vigile y se interese en ella. Todo lo contrario sucede cuando el Estado descarga á los padres de familia de esta natural obligación: se acostumbran á no ejercerla y se vuelven por ello indiferentes á la suerte que al hijo se le espera.

Expuestas las razones anteriores y temeroso de prolongar demasiado el presente discurso, desisto de entrar en el análisis detallado de nuestra segunda enseñanza, con mayor razón ahora, que, deseoso el Gobierno de mejorarla en cuanto sea posible, ha hecho venir de las mismas regiones de donde nos llegó la civilización y la vida, un educacionista que ha tomado á su cargo la dirección de nuestro Liceo; educacionista que, precedido de grandes elogios y de fama, constituye, en el momento actual, la mas halagüeña esperanza de que habrá de surgir, y de surgir bien, nuestra juventud.

Para concluir he de manifestar, señores, que si en varios pasajes de este discurso he hecho mención del estado actual de nuestra enseñanza pública y del personal docente, digno de mi mayor respeto, no me ha inducido á ello móvil alguno extraño á las exigencias consiguientes al desarrollo de la materia que he tratado. Mis referencias se han desprendido de la exposición y análisis de las ideas que contradicen, ya sea el detalle ó ya el conjunto de la enseñanza oficial. Y no podría ser de otra manera, toda vez que en mi carácter de ex-presidente de la República tengo parte, y no poca, en el presente estado de la instrucción nacional, y que, como miembro á la vez de este centro, no habría de levantar mi voz en su tribuna para otros fines que para aquellos que informan su existencia: propagar la verdad y procurar el bien general, especialmente el de la patria costarricense, en la pluralidad de nuestras legítimas aspiraciones y mediante el esfuerzo aunado de nuestras facultades.

He concluído.



Alocución

pronunciada por el Licdo. don Ernesto Martín en la velada que se verificó el 3 de noviembre de 1907, en el Teatro Nacional, á beneficio de las víctimas de las inundaciones en España.

SEÑORAS Y SEÑORES:

Hace apenas un mes vinimos á este mismo sitio á celebrar una de las fechas augustas de la Historia; y cuando todavía parecen vibrar en el ambiente los ecos de aquella simpática fiesta, nos congregamos de nuevo, no ya para cantar la aventura prodigiosa por virtud de la cual un nuevo mundo surgió de las inmensidades del océano, sino para ofrecer tributo de amor en sus desgracias á la invicta tierra que con las joyas de su Reina y la sangre de sus hijos, generosamente esparcida con prodigalidad de heroísmos que ha constelado de gloria los anales de la humanidad, pobló de naciones las vastas latitudes de la América.

Honrado con el encargo de abrir esta velada, saludo reverente la bandera de España, tantas veces desplegada en campos de victoria, y rindo mis homenajes al pueblo español, cuyas épicas grandezas y trágicas convulsiones han immortalizado en el recuerdo de las edades la personalidad de nuestra raza, esculpiendo su nombre en los bronceos eternos de la Fama.

Codiciada por hermosa; por su tierra exuberante, que dos mares acarician con la esmeralda de sus aguas; por su cielo diáfano, que todo lo borda con encajes de luz, que bruñe las montañas y colora los horizontes en una perpetua fiesta de matices; por su clima, tibio y perfumado como el aliento de Flora,—pugna de gigantes ha sido la vida de España desde que en Covadonga amasó, hace doce siglos, los cimientos de su nacionalidad, hasta que en lucha con el más aguerrido de los ejércitos del mundo, haciendo un castillo de cada casa, una fortaleza de cada barrio, un león de cada hombre, una heroína de cada mujer,—realizando todos los días un milagro de supremo patriotismo, arrancó hace cien años, de las manos omnipotentes del vencedor de Europa, el cetro de su inmortal soberanía.

No á mi tosca palabra,—al arte que fecunda y ennoblece los yermos de la vida; cuya lira tiene cuerdas para todas las vibraciones del sentimiento y de la idea; que canta el ensueño de amor, inflamando las almas con su fiebre deliciosa, y los empeños de la voluntad, sometiendo á nuestro fuero las rebeldes energías de la naturaleza; que trenza guirnaldas para velar piadosamente los infortunios de los hombres y teje laureles para coronar sus victorias; al arte bienhechor que ilumina las inteligencias y levanta los corazones, envolviéndolos en el éter inefable de lo ideal, hemos encomendado el homenaje que Costa Rica tributa, con honda, sincera devoción, á su Madre dolorosamente atribulada, cuyas tristezas y alegrías son alegrías y tristezas que decoran de gala ó cresponan de duelo el modesto solar costarricense.

Heraldo obscuro de la solemnidad que va á empezar, saludo reverente la bandera de España.

He dicho.

Discurso

pronunciado por el Dr. don Antonio Zambrana en la velada que se verificó el 3 de noviembre de 1907, en el Teatro Nacional, á beneficio de los damnificados por las inundaciones en España.

El Ateneo de Costa Rica me encarga de traer á esta fiesta, que es un homenaje de piedad y una prenda de fraternal amor, el testimonio de su concurso, y yo me enorgullezco de ser el heraldo portador de su mensaje. La hermosura femenina, que aquí resplandece, y las galas del arte bello, que van á hechizar nuestro pensamiento, pueden contarse, de seguro, entre los grandes encantos de la vida. El deleite del arte no parece, por su carácter ideal, propio de la vida que conocemos, sino de otra que la fantasía vislumbra; su idioma, por lo mismo que indeciso y vago, se diría de la región de la quimera, de los paraísos del ensueño. El arte es un cielo que se comunica con la vida y que nos hace soñar en otro que se comunica con la muerte; con los ímpetus que nos producen la poesía y la música, la inteligencia parece pronta á escapar de la cárcel oscura y fría en que vive como desterrada y opresa, y la mujer bella completa, con su presencia, la ilusión sublime de que estamos en un mundo mejor que el que nos es habitual, ya que ella parece un ángel cautivo que nos acompaña; por eso, para muchos, la vida se concentra en esos dos conceptos: la mujer y el arte: lo bello que vive y lo bello que se sueña, y uno de los títulos de gloria del siglo resplandeciente que acaba de extinguirse es que sus maquinarias múltiples y sus empresas industriales y mercantiles prodigiosas no hicieron que se descuidase la conservación del fuego de Vesta del entusiasmo estético. Nunca esa maravilla compleja, que se llama, por italiano bantizo, la ópera, y en que la poesía y la música se enlazan en intimidad tan hechicera, se dió en los prodigios de desempeño como en ese siglo, que casi puede llamarse, por eso, su inventor verdadero; nunca los detalles de la pintura, sus recursos maravillosos y las formas de sus exquisitas variantes alcanzaron tan exímio desenvolvimiento; la poesía tuvo nuevos ecos, y precisa reconocer que la variedad de sus instrumentaciones, por decirlo así, y su penetración, más íntima que nunca fué antes, en los abismos del pensamiento y en los misterios de la naturaleza, hicieron de ella un arte como nuevo, como si una musa, antes no conocida, hubiera llegado á aumentar el coro memorable de las nueve, y á pedir nuevos compases á la batuta del divino Apolo. No ha mucho que, en la inauguración del Ateneo, tuve la oportunidad de decir á un público, que, en buena parte, al menos, es el mismo que me dispensa en estos momentos la merced de su atención, mi reverencia y mi entusiasmo por el arte bello, que deja caer sobre la naturaleza y el pensamiento un manto de esplendores, especie de Tabor en que lo humano se transfigura y resplandece como con luz junto á la cual parece noche la de los soles del espacio.

Pero la devoción á estas ideas, que no vacilo en confesar por mi parte, ha producido fanatismos lastimosos. Urge protestar contra cierto paganismo hoy existente que exalta con tendencias inadmisibles los delirios imaginativos hasta consecuencias que tienen que considerarse, después de bien pesadas, como lastimosas. La vida ha llegado á concentrarse para muchos en estos dos conceptos: la mujer bella y el arte bello, y ello envuelve una religión de la forma que puede colocar veneno en to-

das las fuentes de la vida. Vosotras valéis mucho más porque sois buenas que porque sois bellas, y no hay obras de artista alguno que puedan compararse en hermosura con las que llama un catecismo de la doctrina cristiana, —ese libro, el más humilde de todos,—las obras de misericordia: esas son las verdaderas cúspides de la vida; lo más elevado y lo más bello que puede pensarse y que puede realizarse en el mundo. Levantar al caído, consolar al triste, dar arrimo á quien lo ha de menester: la poesía no tiene sueños de mayor altura: en esa esfera de las emociones y de las ideas lo humano llega al colmo de su grandeza. Emancipar esclavos, hacer hogar al huérfano, ir tras el desvalido que vaga en la noche del desamparo y traerlo al calor de la hospitalidad, preparar para el enfermo el lecho del alivio, tomar la mano que estaba fría y calentarla entre las nuestras, abrir para los ciegos de la ignorancia la escuela de primeras letras, honrar al trabajador humilde, acordarse de que los que sufren son nuestros hermanos y hacérselos sentir: eso quiere decir el cristianismo; la paz del mundo, eso reconocemos al colocar sobre los tronos de nuestra soberbia la cruz del Gólgota; eso es lo que hace veinte siglos pugna, por una parte, con la hipocresía y la religión de la forma, por otra, con la concupiscencia y con la ira; eso es lo que labora, para que la familia humana esparcida sobre el planeta, se una al cabo bajo la cúpula del cielo, en el concierto de la amistad definitiva, de la excelcitud del trabajo honrado, del imperio de la razón sobre las pasiones. Este teatro es, por ello, ahora un templo: el del acercamiento humano, el de la mansedumbre, el de la mano extendida hacia el que implora, el de los corazones abiertos al llamamiento de la pena, el de la fraternidad humana, el de la piedad: eso y la pureza adoráis, en esencia, vosotras, cuando en la media luz de la capilla levantáis el pensamiento á lo alto, llamando á Marfa rosa del cielo, consuelo de los afligidos, madre inmaculada y reina de los pecadores.

Tengo la dicha de no ser de los que miran con aversión ó con antipatía raza ni grupo alguno de los hombres. Puedo repetir con sinceridad perfecta la frase memorable del escritor latino acerca del asunto. Ello no estorba que por español me tenga, y si el azar de las disputas políticas ha roto en pedazos la familia, en cuanto á la ficción,—que ello no es otra cosa, en el fondo, de lo que se llama las nacionalidades,—la voz de la naturaleza, más poderosa que todas las ficciones, me llama, con llamamiento ineludible, á las dichas y á los dolores de la casa. Por eso no era posible que guardara silencio en este acto, en el que venimos á decir: ¡Oh España! aquí estamos, aquí nos tienes, no á socorrerte de veras, que á tanto no alcanzamos, sino á tomar nuestra parte de tu pena, á hacer nuestro también tu quebranto, á comulgar contigo en la santa comunión de la tristeza; á que sepas que en tu mitad de la América, todo corazón generoso quiere impartir calor á tus manos ateridas, que en toda ella tiene eco el dolor de tus madres tristes y de tus huérfanos desolados; que ella daría con entusiasmo todas las flores de sus pensiles inmensos para cubrir las tumbas de tus muertos. Bien sé que no alcanzo á decir lo que todos quisierais; dígalo el latido de tanto pecho de ángel, el fulgor de tanta mirada estelar que aquí palpita ó brilla; dígalo la música con su lengua, por inarticulada, precisamente, más que toda humana palabra poderosa; un pueblo entero, de los que tú sembraste de este lado del mar, te envía, no de corte á corte, como hace la diplomacia, si no de corazón á corazón, el mensaje de simpatía y de ternura que á tu pena corresponde. El rey ha muerto, —se decía en la antigua monarquía francesa al exaltar al trono el nuevo soberano,—¡viva el Rey! En España se muere hoy de dolor: señoras y señores: ¡viva España!

Croniquilla

Nuestro Ateneo

Esta incipiente corporación está dando tales muestras de vida que aun los más excépticos se resuelven á reconocer en ella, sin pasar por candorosos, las condiciones intrínsecas que le permiten vivir y desenvolverse como una institución social de fines bien determinados y justos. Es ciertamente indudable que el Ateneo de Costa Rica, fundado ayer nada más, como quien dice, cuenta, en medio de su humildad un sí es no es provinciana, con elementos capaces de darle brillo y, lo que es más, de infiltrar en él la savia bullidora y fecunda que hace reventar los organismos nuevos y fuertes en esos mil brotes, tímidos á fuerza de sustancia, que bien pronto se convierten en frutos de vida. Pero lo que, sobre todo, confiere estabilidad al Ateneo es que tal institución ha venido á satisfacer una necesidad de nuestra cultura, que en ella tiene ahora un lugar adecuado donde manifestarse á sus anhelos, después de haber vegetado tristemente, como una planta sin sol y sin riego, en el rincón oscuro donde se afilan las inteligencias cuando no hallan en torno suyo un ambiente simpático á que confiar sus lucubraciones.

El acogimiento caluroso dado á la nueva corporación atestigüa, ciertamente, que la sociedad reconoce en el Ateneo el órgano superior que le hacía falta para respirar y vivir á sus horas en las esferas más puras y nobles del espíritu. Por eso se ha realizado tan naturalmente ese fenómeno de compenetración entre el Ateneo de Costa Rica y el círculo mundial que en él ha encontrado al fin un exponente propio de la cultura patria. Hace fe de esta aserción el público numeroso que siempre asiste á las reuniones del Ateneo y que con su presencia y su aplauso ha sabido premiar y alentar la labor de los ateneístas, para quienes fué dudoso el buen éxito antes de ver que estaba con ellos un público ansioso de apacentar su espíritu en los nobles y dulces entretenimientos que al par ofrecen la ciencia y el arte. Este resultado, empero, tiene que ser más halagador aún para los ateneístas si se considera que el bello sexo forma no escasa parte del público especial con que ordinariamente cuenta aquel centro.

La mujer costarricense, si hermosa y buena, no ha descollado gran cosa hasta hoy por su afición á los placeres intelectuales; y no es que su paladar carezca en modo alguno de aptitud para encontrarle sabor al manjar sutil de que con sibaritismo delicado se nutre la mente: es que la educación no ha acertado aún aquí á despertar en la mujer el gusto de lo bello en lo que no sea inimentaria. Sí,—en lo tocante á modas la mujer costarricense ha revelado tener un gusto muy fino, tan fino que por su traza podríamos con exactitud precisar á qué grado excelso de perfección llegaría ella en el estudio de artes más encumbradas; pero aquí no estimulamos á la mujer sino es para que se adiestre en lucir las flores vanas de la frivolidad elegante. No poca fué, por lo tanto, nuestra sorpresa cuando vimos que un grupo de señoritas, con solicitud deferente acudía á las veladas sin atractivo mundano del Ateneo. La presencia de tan gentiles números en nuestras reuniones ha sido una revelación consoladora para los que, sin tener en menos el valor y la potencialidad de su inteligencia, temíamos, sin embargo, que el colegio, impotente hasta ahora para dar vida larga entre nosotros al culto de las

ideas, aun no hubiese despertado en ella una afición franca y decidida por ese género de cultura. Al Ateneo le ha cabido en suerte, por lo tanto, patentizar que la graciosa mujer de este humilde terruño no sólo se paga de los perifollos que á su gentil persona dan realce exterior, sino que también busca con solicitud amable, como atraída por un gesto de Palas, las corrientes generosas que agitan con dulces ondulaciones el lago dormido de sus ideas. Es un triunfo para el Ateneo, que en su auditorio femenino tiene también el mejor de los atalajes.

No han faltado espinas, con todo, en este florecimiento primaveral; ¿ni por qué habfa de faltar el fenómeno del contraste en esta ocasión? Es ley que las espinas se oculten entre las flores, que el gusano repugnante y baboso hinc su diente en la fresca y tentadora manzana, que el can agorero ahulle lúgubrementé ante la impasible y plácida luna, que el grito de la barbarie resuene entre las armonías de la civilización... ¿Qué mucho, pues, que la mano del odio haya querido apagar de un revés esta lámpara de cultura? La joven corporación, sin embargo, no sólo ha salido ilesa de la desgraciada intentona sino que, antes bien, parece haber recibido mayor impulso al soplo de las pasiones equívocas que intentaron alborotar las aguas bonancibles por donde navega. Ciertamente, no ha sido poca la labor del Ateneo en el corto lapso de tres meses que lleva de actividad ordinaria. He aquí la lista de sus trabajos durante ese tiempo:

I.—Discurso de recepción leído por la señora doña Julieta P. de Mac Grigor. La inspirada escritora disertó agradablemente acerca de *la mujer*;

II.—Conferencia de recepción dada por el ingeniero civil señor don Luis Matamoros sobre *saneamiento de poblaciones*;

III.—Conferencia de recepción, sobre *el origen de la fuerza muscular*, dada por el ingeniero agrónomo señor don Guillernio Echeverría;

IV.—Conferencia dada por el socio señor don Elfas Leiva, profesor de Geografía é Historia, sobre *un viaje á la región del General, Térraba y Boruca*. El señor Leiva acompañó su interesante conferencia con vistas de los lugares que hubo de recorrer;

V.—Conferencia dada por el socio señor don Rafael Iglesias, ex-presidente de la República, sobre *la educación*;

VI.—Conferencia dada por el señor don Roberto Brenes Mesén, profesor de Castellano, director del Liceo de Heredia, sobre *el modernismo en la poesía*;

VII.—Conferencia de recepción dada por el señor Dr. don Arturo Pérez Martín, director del Liceo de San José, acerca de *las transformaciones de la energía*. El señor Pérez Martín ilustró su conferencia, que, dicho sea de paso, por su claridad y por su sencillez, no obstante ser de índole científica, estuvo al alcance de todos, con interesantes experimentos;

VIII.—Conferencia dada por el socio señor ingeniero agrónomo don Enrique Jiménez Núñez sobre *antropotecnia é higiene*;

IX.—Conferencia de recepción dada por el señor don Gerardo Matamoros, director de la Tipografía Nacional, sobre *el trabajo*.

También por iniciativa del Ateneo, como habrán visto ya los lectores de *Páginas*, se ha organizado una comisión con el fin de coleccionar fondos para erigirle un monumento al inmortal genovés en nuestro

puerto del Limón, en donde, según está comprobado, hubo de desembarcar en su cuarto y último viaje el célebre descubridor de Indias. De paso agregaré que la comisión en referencia trabaja con entusiasmo por dar cumplimiento á su importante cometido. Invitado á ello por el socio señor don Ricardo Fernández Guardia, el Ateneo ha promovido también la formación de una *enciclopedia costarricense*. La obra es magna, sin duda; exige tiempo y ha menester el concurso esforzado de todos los ateneístas; entre éstos hay luces y buena voluntad: la perseverancia hará el resto. El caso es que al hacer suya y patrocinar idea tan noble y grandiosa, el Ateneo pone de bulto una vez más que todo su afán consiste en hacer correr con desembarazo las fuentes de la cultura patria que yacen en la inacción.

Por
España

La Naturaleza hace á España víctima de su rigor en estos momentos: el mundo todo sabe, efectivamente, que las *cataratas del cielo* se han volcado cuán grandes son sobre varias regiones de la vieja península y que los ríos hidrópicos se han lanzado con furia de sus cauces seculares y han empujado ciegamente, sin rumbo fijo, por aquí y por allá, la mole ingente de sus aguas, como una jauría de olas que, en su loco frenesí, todo lo atropellan, todo lo apabullan, todo lo deshacen bajo el torrente elástico y arrollador de sus patas.

Las inundaciones, según nos refiere la prensa, han sido terribles y hoy se extiende la mortífera desolación del lodo por los lugares donde ayer no más reinaba la vida en una perpetua fiesta de verdura y de frutos. Muchos infelices han perecido en la vorágine de las aguas inmundas; pero no sería para contado el golpe de gente que la catástrofe ha dejado sin albergue y sin medios de subsistencia. Si el mundo civilizado se ha conmovido, como es natural, ante tanta penuria, no hay exageración en decir, eso no obstante, que los pueblos de estirpe española han sentido más hondamente que ninguno otro la desgracia de la noble matrona que nos crió á su regazo; «la voz de la sangre», esta mentira inocente inventada para sacar de apuros á ciertos autores dramáticos, parece haber adquirido ahora el poder fisiológico de despertar en nuestros corazones el sentimiento de raza, ante la ruda prueba con que un hado cruel hace gemir á nuestros deudos de ultramar. Sí, el movimiento de simpatía hacia España ha sido unánime en las Américas que ella fecundó con la sangre de sus héroes ó iluminó con la luz de su pensamiento. En esa manifiestación, Costa Rica no ha sido la última.

Es seguramente difícil que la fraternidad de raza entre españoles é hispanoamericanos se manifieste en país alguno de América con tanta espontaneidad, con tanto vigor como en éste. En Costa Rica, españoles y naturales somos una misma cosa. La nacionalidad nos separa en el terreno político; eso es todo. El Gobierno de la República no hizo otra cosa, por lo tanto, que interpretar fielmente el sentir de los *ticos* al promover la celebración de la velada que para socorrer á las víctimas de las inundaciones recientes se verificó el 3 en el Nacional.

Sin duda alguna, no cabía esperar que el óbolo fuese grande: la sociedad josefina es pequeña y pobre; pero más que ofrecer un auxilio á las víctimas de la naturaleza inclemente, el Gobierno se propuso ofrecer á España, solar mil veces ilustre de nuestros antepasados, el homenaje afectuoso de sus descendientes los costarriqueños en esta hora de

angustia suprema. La velada alcanzó, desde este punto de vista, un éxito cabal. Si exceptúo á nuestro notable tenor don Alejandro Aguilár Mora, que desgraciadamente se hallaba enfermo, en ella tomaron parte los artistas más sobresalientes de nuestros salones.

En lo que toca á contingente literario, cúpleme hacer mención del discurso con que el Licenciado don Ernesto Martín abrió la velada. Martín tiene hace tiempo justificada con pruebas irrecusables su reputación de mozo inteligente y culto; sabíamos también que es escritor fluido y elegante; la vivacidad de su fantasía y el fuego de su palabra nos han dado ahora á conocer asimismo que, además, él tiene en potencia el dón sublime de la oratoria. Su discurso fué una revelación fulgurante.

El Dr. Zambrana habló en nombre del Ateneo: como institución que se propone servir de foco central á todas las irradiaciones intelectuales provenientes de la agrupación étnica que aquí elabora sus destinos, el Ateneo debía necesariamente comparecer en una solemnidad, como aquélla, destinada á hacer ver que en nuestro sistema nervioso repercute dolorosamente el golpe por la Naturaleza asestado á la nación augusta que desde 1820 hace de cabeza en este vasto organismo de naciones hispanas. Inútil es decir que el orador del Ateneo llenó su cometido á maravilla: el Dr. Zambrana es un veterano que triunfa indefectiblemente sobre todos los auditorios en cuanto hace brillar la hoja resplandeciente de su palabra.

En lo tocante á concurrencia, sostengo á fuer de cronista honrado que la sociedad costarricense estuvo representada esa noche por cuanto en ella hay de más distinguido en el orden mundial.

Gastón de Silva

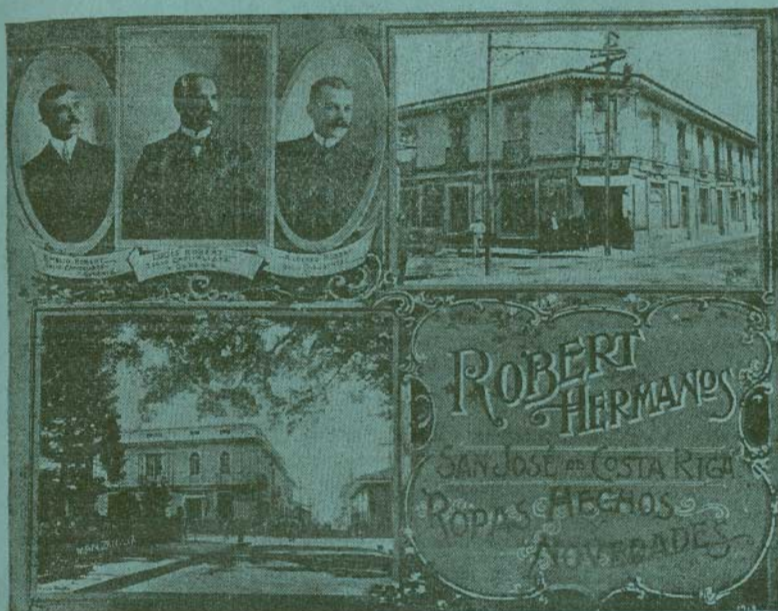


NOTA

Las conferencias de los señores don Elías Leiva y don Enrique Jiménez Núñez se publicarán en el número de diciembre próximo.

ROBERT HERMANOS

GRAN ALMACEN de ROPA HECHA



Durante muchos años ha sido y continuará siendo el primero en su género de Centro América. Constante renovación de todo lo que en materia de vestidos pueda desearse.

Vestidos para Niños
de todas clases y precios

PARA LA ESTACION
DE INVIERNO

Se ha recibido un completo surtido de
CAPAS de HULE
PONCHOS
MACFERLANES
SOBRETODOS impermeables
CAPAS pequeñas para colegiales
ZAPATOS POLAINAS
PARAGUAS desde C 1-50

¡Lo mejor y más barato!

Suscripciones

á periódicos, revistas, novelas y publicaciones españolas de todas clases.

Fotografías artísticas: tarjetas postales: oleografías, grabados y cuadros al óleo.

Luis Nieto

CASPE—55—BARCELONA

Agente, Comisión

y exportación á todos los países del mundo para toda clase de pedidos; especialidad en lo concerniente al ramo de librería. Condiciones al que las pida.

Correspondencia francesa, inglesa é italiana.

DIRIGIRSE

A. Bidón Chanal

CALLE DE ROSSELLON 228

BARCELONA (ESPAÑA)

Apartado de Correo 55

J. Arciniegas
Comisionista

San José, Costa Rica

Centro América

IMPORTANTE

En las librerías La Educación, de Lehmann y de Font y Ca, se encuentra á la venta el cuaderno de **ESCRITURA VERTICAL** por Próspero Calderón

Velada

que, por iniciativa del Supremo Gobierno de la República y á beneficio de las víctimas de las inundaciones en España, se verificará en el Teatro Nacional el 3 de noviembre de 1907, á las ocho de la noche

COMISION ORGANIZADORA

Ricardo Fernández Guardia
Justo A. Facio
Tomás Povedano
Alejandro Aguilar h.
José J. Vargas Calvo
Alejandro Alvarado M.
Ernesto Martin

PROGRAMA

I

- 1º—Himno Nacional de Costa Rica (orquesta)
2º—Alocución del Licenciado don Ernesto Martin.....
3º—Discurso del Doctor don Antonio Zambrana.....
4º—Marcha Real Española (orques'a).....
5º—Dúo de la opera Aida..... VERDI
 Señoritas Encarnación Mayoral y Petra Rosat...

II

- 1º—Obertura Española (orquesta)..... A. BLANC
2º—Cuadro plástico (señoritas Amalia Rodríguez, Amelia Quirós, Odilie González, Julia Collado, Inés Herrero, Soledad Rodríguez y Emilia Keith)..... T. POVEDANO
3º—Caprichos de género español..... A. NOGUÉS
 Ejecutados en el piano por la señorita Encarnación Mayoral.....
4º—Poesía de don Lisímaco Chavarría.....
5º—Les Noces de Jeannette..... MASSÉ
 Señorita Luisa Montero, con acompañamiento de flauta por el señor Juan Loots.....

III

- 1º—Marcha andaluza (orquesta)..... A. BLANC
2º—Aria de la Forza del Destino..... VERDI
 Señorita Encarnación Mayoral, con acompañamiento de orquesta.....
3º—Andante tranquilo del 7º concierto..... BÉRIOT
 Solo de violín por don Jorge Montealegre.....
4º—Fantaisie-Ballet..... PARÉS

Banda militar dirigida por el señor don Juan Loots.

La orquesta bajo la dirección
de don José J. Vargas Calvo.